

CÁTALOGO de las obras dramáticas de la propiedad del Círculo LITERARIO COMERCIAL, estrenadas últimamente en los Teatros de esta corte.

DRAMAS

EN TRES ó MAS ACTOS.

La mano de Dios,
Remismunda.
[Redención!!
Ríoja.
Muger y madre.
El curioso impertinente.
La aventurera.
La pastora de los Alpes.
Felipe el Prudente.
Dios, mi brazo y mi derecho.
El fénix de los ingenios.
Ricardo III.
Caridad y recompensa.
El donativo del diablo.
La hija de las flores ó todos están locos.
El valor de la mujer.
La fuerza de voluntad.
La máscara del crimen.
La Estrella de las Montañas.
La ley de raza.
Sancho Ortiz de las Rocas.
Andrés Chenier.
Adriana.
La ley de represalias.
El ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo*.
El Trovador, *refundido*.
Cristobal Colon.
Un hombre de estado.
El primer Giron.
El Tesorero del Rey.
El Lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Últimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes.
El Bufon del Rey.
Un Voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el ministro.
Nobleza Republicana.
Mauricio el Republicano.
Doña Juana la Loca.
El Hijo del diablo.
Sara.
García de Paredes.
Bohdiel el chico.
El Fuego del cielo.
Un Juramento.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS

EN TRES ó MAS ACTOS.

El agua mansa.
Un infierno á la casa de huéspedes.

El duro y el millon.
El oro y el oropel.
El médico de cámara.
Un loco hace ciento.
La tierra de promisión.
La cabra tira al monte.
Sullivan.
El peluquero de Su Alteza.
La consola y el espejo.
El rábano por las hojas?
Tres al saco...
Un inglés y un vizcaíno
A Zaragoza por locos.
Los presupuestos.
La condesa de Egmont.
La escuela del matrimonio.
Mercadet.
Una aventura de Richelieu.
Deudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los millonarios.
Los cuentos de la reina de Navarra.
El hermano mayor.
Los dos Guzmanes.
Jugar por tabla.
Juegos prohibidos.
Un clavo saca otro clavo.
El Marido Duende.
El Remedio del fastidio.
El Lunar de la Marquesa.
La Pension de Venturita.
¿Quién es ella?
Memorias de Juan García.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La Ceniza en la frente.
Un Matrimonio á la moda.
La Voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y Hechicero.
A quien Dios no le dá hijos..
La nueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortuna.
El Oficialito.
Ataque y Defensa.
Ginesillo el aturdido.
Achaques del siglo actual.
Un Hidalgo aragonés.
Un Verdadero hombre de bien.
La Esclava de su galan.
Pecado y expiación.
Fortuna te dé Dios, Hijo!
No se venga quien bien ama.
La Estudiantina.
La Escala de la fortuna.
Amor con amor se paga.
Capas y sombreros.
Ardides dobles de amor.
El Buen Santiago.
Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcohos.
¿Lo que es el mundo!
Todo se queda en casa.
Desde Toledo á Madrid.
El Rey de los Primos.

Quien bien te quiera te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y Desengaños.
La Amistad ó las Tres épocas.
El Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

Los pretendientes del día.
Los dos amores.
Deudas del alma.
Pipo ó el Principe de Montecresta.
Las diez de la noche.
El Congreso de Jitanos.
El Preceptor y su muger.
La Ley Sálica.
Un casamiento por hambre.
Antes que todo el Honor.
¿Un divorcio!
La hija del misterio.
Las cucas.
Gerónimo el Albañil.
María y Felipe.

R. 58.747

LA MANO DE DIOS,

DRAMA HISTÓRICO EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO

POR

D. JUAN DE ARIZA.

Representada por primera vez con extraordinario aplauso en el Teatro de Lope de Vega de esta corte, en 10 de Febrero de 1854 á beneficio de la primera actriz Doña Josefa Palma.



N.º 233.

MADRID.

IMPRESA A CARGO DE C. GONZALEZ: CALLE DEL REBO, N.º 35.
1854.





Esta obra es propiedad del CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 8 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844, y 5 de Mayo de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legítimos.

PERSONAS.

ACTORES.

DOÑA LAURA TELLEZ	
GIRON	DOÑA JOSEFA PALMA.
LA PRINCESA DE LOS	
URSINOS.	DOÑA VICENTA MARTIN.
LEONOR.	DOÑA CARMEN CARRASCO.
DON ALVARO MANRIQUE	
DE LARA.	DON JULIAN ROMEA.
EL ALMIRANTE DE CAS-	
TILLA.	DON ANTONIO PIZARROSO.
DON ENRIQUE DE ME-	
NESES.	DON FLORENCIO ROMEA.
EL DUQUE DEL CASTELO	DON LAZARO PEREZ.
EL MARQUÉS DE LOU-	
VILLE.. . . .	DON N. AGUIRRE.
DUVAL.	
UN CAPITAN DE LA	
GUARDIA WALONA. .	
UN UGIER.	
SOLDADOS.	

La escena en el palacio del Buen Retiro. Epoca 1703.

ACTO PRIMERO.

Los jardines del Buen-Retiro. A la izquierda se ve una parte del palacio con una puerta estrecha y practicable; en primer término un grupo de rosales y arbustos que cubren parte de la puerta; á la derecha calles de árboles; en el foro un bosque y entre los árboles algun edificio.

ESCENA PRIMERA.

LEONOR, *por la puerta de la izquierda temiendo ser vista.*

Puedo salir, sí: no hay nadie;
en oriente asoma el alba,
y no tendré otros testigos
que las aves y las plantas.
Apacible primavera,
cuán hermosa la mañana
presenta su faz alegre
entre celages de nácar;
y que libre de cuidados
el corazón se dilata,
lleno del suave calor
de una risueña esperanza.
Mas amante de la guerra
vuelve, lo dice su carta,
y yo tengo en su cariño
una ciega confianza.
Felices somos, le quiero;
con fé pura mi amor paga,
y si enamorado llega,
yo le espero enamorada.

ESCENA II.

LEONOR.—ENRIQUE, *por la derecha, con uniforme de capitán y botas de montar.*

ENRIQUE. Leonor.

LEONOR. Enrique.

ENRIQUE. Mi bien,
dame los brazos y el alma;
pues merece mi fatiga
recibir tan dulce paga.
Penosa ha sido la ausencia,
aunque, por dicha, no larga;
pero no hay ausencia corta
para quien de veras ama.
¿Has pensado en mí?... yo siempre
ví ante mis ojos tu cara,
en las sombras de la tienda
y en los campos de batalla;
y te juro, que mil veces,
al oír silbar las balas,
las dije: «Pasad de largo,
»porque mi Leonor me encarga,
»que la conserve mi vida,
»dejando limpia mi fama.»
Y el plomo siempre obediente,
y muy cortés la metralla,
me han permitido llegar
sano y honrado á tus plantas.

LEONOR. Bien hayan, Enrique mío,
una y mil veces bien hayan,
ese plomo y ese hierro
que para mi amor te guardan.
Yo por tanta cortesía
les doy muy rendidas gracias,
porque me vuelven entero
á mi amante de campaña.
Necio es quien funda su gloria
en regresar á su patria
con una pierna de palo

ó con una mano manca:
y no te quiero cobarde,
pues cobarde no te amara;
pero se puede muy bien
blandir bizarro la espada,
acuchillar el primero
al grito de *Cierra España*,
y volver, como tú vuelves,
á los brazos de su dama.

ENRIQUE. Bien dicho. ¡Qué linda estás!

LEONOR. ¡Hermosa?

ENRIQUE. Como una plata;
y me hechizas con la luz
que de tus ojos derramas.

LEONOR. Cuenta, señor hechizado,
que habéis venido de Italia
muy lisonjero.

ENRIQUE. ¿Te ofendo?

LEONOR. No; pero á tu vez me encantas;
y deben correr peligro
las mujeres encantadas.

ENRIQUE. ¿Qué peligro?

LEONOR. El de quedar
convertidas en estátuas.
Pero haciendo, Enrique mio,
en nuestro amor una pausa,
¿no tienes ni una noticia
que darme?

ENRIQUE. Te daré varias.

LEONOR. ¡Noticias buenas?

ENRIQUE. Muy buenas.
¿Quieres saberlas?

LEONOR. Sí: habla.

ENRIQUE. No vengo solo.

LEONOR. ¿Sí?

ENRIQUE. Vengo...

LEONOR. ¿Con...?

ENRIQUE. Con Manrique de Lara.

LEONOR. ¿Es posible!

ENRIQUE. Sí.

LEONOR. ¡Dios mio!
qué alegre se pondrá Laura
cuando sepa...

ENRIQUE.

Ya lo sabe.

LEONOR. Cuánto me alegro: sus lágrimas
enjugará, que en su ausencia
ha sido muy desgraciada.
Enrique, Laura es mi amiga,
mas que mi amiga, mi hermana;
y al verla sufrir, yo siento
como propias sus desgracias.
Yo soy alegre, ella es
melancólica, entusiasta,
y mas de una vez se encuentra
oprimida ó contrariada.

ENRIQUE. Lo sé; sé que el Almirante,
su tutor, brusco, rechaza
una boda que honraria
á la familia mas alta.
Don Alvaro pertenece
á una muy ilustre casa,
y acabará por ser conde
de Aguilar y Frigiliana.
Sus blasones son antiguos,
sus rentas tales y tantas,
que hasta del mas opulento
debieran ser envidiadas.
¿Qué pretende el Almirante?

LEONOR. Nadie conoce la causa
de su oposicion.

ENRIQUE. Que es
inconveniente, insensata.

LEONOR. (*Asustada.*)
¡Enrique!

ENRIQUE. ¿Qué tienes?

LEONOR. Siento
ruido en esa puerta falsa
del palacio.

ENRIQUE. Sí.

LEONOR. Se mueve.

ENRIQUE. Nada temas.

LEONOR. Si nos hallan
juntos...

ENRIQUE. Pagará el curioso
su impertinencia muy cara.

LEONOR. Vete.

ENRIQUE. ¿Y tú?

LEONOR. Me ocultaré
al abrigo de estas ramas.
(*Se oculta en los rosales: Enrique se va por la
izquierda.*)

ESCENA III.

LEONOR, *oculta*.—LA PRINCESA DE LOS URSINOS, *por la
puerta secreta, que cierra con llave.*

PRINC. Es raro; sí. Mi atencion
llama encontrar esta puerta
tan de madrugada abierta,
y con poca precaucion.
(*Quitando una llave de la cerradura.*)
Poco de aventuras sabe
quien, por seguir su aventura,
se deja en la cerradura
puesta, olvidada la llave.
Aprovecharé su yerro;
mas prudente y avisada,
conservo la retirada
libre de este modo. Cierro.
(*Lo hace y guarda la llave.*)

LEONOR. ¡La camarera mayor
cerró la puerta, Dios santo!
No puedo volver, ¿y en tanto
qué será de ti, Leonor?

PRINC. Son las seis. Me maravilla
ver cómo ya no me espera
aquí Enriquez de Cabrera,
Almirante de Castilla.
Pues trata el buen caballero
de encontrar en mí el registro
para volcar al ministro
Cardenal Portocarrero.
Risa y lástima da el ver
grandes de tan claros nombres
buscar, como pobres hombres
el favor de una mujer.

Es verdad que sus destinos
puede cambiar en un día
la extranjera Ana María,
princesa de los Ursinos.
Mujer soy; pero tan fuerte,
que Luis XIV de Francia
doma ante mí su arrogancia
y une su suerte á mi suerte.
Sabe que en tal laberinto
llevo el hilo, que me apoya
María Luisa de Saboya
y mando á Felipe Quinto.
Sabe que eclipsaré el sol
de su influjo, si á él me opongo,
y que reino, pues dispongo
hoy del imperio español.
Llanos están los caminos
para quien muestre osadía...
marcha pues, Ana María,
princesa de los Ursinos.

ESCENA IV.

LEONOR, *oculta*.—LA PRINCESA DE LOS URSINOS.—EL AL-
MIRANTE DE CASTILLA *por la derecha, embozado*.

ALMIR. Princesa.

PRINC. Duque.

ALMIR. He tardado.

PRINC. (*Mostrándole el reloj.*)
Siete minutos.

ALMIR. Sí á fé.

Pero en el bosque encontré
á un caballero embozado.

Y, recatando la faz,
á distancia lo seguí.

¿Salió ya del bosque?

PRINC.

ALMIR. Sí.

PRINC. Pues dejémosle ir en paz.

ALMIR. Me dió sospechas su vista.

PRINC. No debe causar cuidado

algun galán que ha rondado
á su bella camarista.

En sombras vive el amor,
brilla la luz, y lo ahuyenta;
no debemos hacer cuenta
del embozado, señor.

Vaya con Dios, pues nos teme,
con su pena ó su esperanza;
y hablemos en confianza,
duque, antes que el sol nos queme.

¿En qué me quereis mandar?

ALMIR. Poco tengo que decir.

PRINC. Yo vengo dispuesta á oír.

ALMIR. Yo vengo dispuesto á hablar.

Almirante de Castilla
soy, duque y hombre de guerra;
de España se me destierra,
y este destierro me humilla.

PRINC. Funesto error.

ALMIR. Yo no yerro.

PRINC. Pues me dejais admirada.

ALMIR. ¿De veras?

PRINC. Sí.

ALMIR. ¿Mi embajada

á París no es un destierro?

PRINC. Bien puede ser un honor.

ALMIR. Conque se libra ese artero
cardenal Portocarrero
de un franco competidor.

PRINC. Pudiera ser.

ALMIR. Es.

PRINC. Quizás.

¿Y qué pretendéis? Decid.

ALMIR. Quiero quedarme en Madrid.

PRINC. ¿Y nada mas?

ALMIR. Nada mas.

¿Qué decis?

PRINC. Ardua es la empresa.

ALMIR. Teneis crédito y valor
para alcanzarla mayor,
si así lo quereis, Princesa.
Vuestra voluntad es ley.
Poder os sobra y ardid.

- PRINC. Pues no saldreis de Madrid
antes que regrese el rey.
- ALMIR. ¿Lo prometeis?
- PRINC. Os prometo
hacer todo cuanto pueda.
- ALMIR. Me basta con ello.
- PRINC. Y queda
esta entrevista en secreto.
- ALMIR. Guardarlo sabré leal.
- PRINC. Aunque soy osada y firme,
no quiero desavenirme
con el señor cardenal.
- ALMIR. Seré en mi empeño constante.
- PRINC. Con ello cuento.
- ALMIR. Señora,
separémonos ahora.
- PRINC. Una palabra, Almirante.
Tengo una noticia rara.
que daros, por lo que importe.
A media noche á la corte
llegó Manrique de Lara.
- ALMIR. ¿Don Alvaro?
- PRINC. Sí. Os lo advierto;
pues dicen que el coronel
á vuestra pupila fiel
adora.
- ALMIR. Princesa, es cierto.
- PRINC. Y aqui, para entre los dos,
sospecha la corte toda
que os oponcis á su boda.
- ALMIR. ¿Que yo me opongo?
- PRINC. Sí, vos.
Y añaden; que, sin el duelo
ver de Laura, dar su mano
pretendeis á ese italiano
viejo duque del Castelo.
- ALMIR. Pero contra toda ley
se os muestra la suerte avara,
pues, para casarse, Lara
trae ya el permiso del rey.
- PRINC. Imposible.
- ALMIR. Es la verdad.
- ALMIR. No consentiré.

- PRINC. Insensato,
¿resistireis un mandato
claro de su magestad?
- ALMIR. Resistiré decidido.
- PRINC. Aplaudo tanta energía;
mas, Duque, por vida mia,
al fin quedareis vencido.
Resistir al rey de España
es temeridad, y creo
que mejor vuestro deseo
podreis lograr con la maña.
- ALMIR. No sé de qué modo.
- PRINC. Yo
veo alguno no despreciable.
- ALMIR. ¿De buen éxito?
- PRINC. Indudable.
- ALMIR. Aconsejadme, pues.
- PRINC. No.
- ALMIR. Por causas graves ó antojos,
en vuestras miradas leo
que al fin...
- PRINC. ¿Os diré...
- ALMIR. Lo creo.
- PRINC. Mucho han hablado mis ojos.
- ALMIR. Espejos del alma son.
- PRINC. No tiene espejos mi alma.
- ALMIR. ¿Teneis...
- PRINC. Muchísima calma
y muy poco corazon.
- ALMIR. De mi pretension no cejo.
- PRINC. Mucho, Duque, os interesa.
- ALMIR. Aconsejadme, Princesa.
- PRINC. Os voy á dar un consejo.
Por su propia voluntad
Laura renunciará.
- ALMIR. ¿Sí?
- PRINC. No es posible.
- PRINC. Para mí
es cuestion de habilidad.
Reflexionad, Almirante,
y vereis que es, siendo ducho,
fácil á quien ama mucho
indisponer con su amante.

Quien mas quiere mas se engaña ;
porque el amor mas ardiente
se entrega mas fácilmente
á todo lo que le daña.

Y despertando recelos
con hábil tacto, aseguro
que vendrá á tierra ese muro
al empuje de los celos.

ALMIR. De mi tacto desconfío.

PRINC. Y buscáis un auxiliar?

ALMIR. Princesa, me podeis dar
poderoso amparo.

PRINC. ¿El mio?

ALMIR. Sí.

PRINC. Mis condiciones son
algo duras.

ALMIR. Las espero.

PRINC. Pues, en primer lugar, quiero
llevar yo la direccion.

ALMIR. Convengo.

PRINC. Cuando enojada
Laura rechace á su amante,
¿con el buen duque, Almirante,
la dejareis vos casada?

ALMIR. Lo intentaré decidido.

PRINC. ¿Lograreis?

ALMIR. Confianza
tengo.

PRINC. Pues nuestra alianza
estrechemos.

ALMIR. Convenido.

PRINC. Obremos con decision.

ALMIR. A vuestro plan me acomodo.
¿Mas para obrar de este modo
tendreis?...

PRINC. Tengo una razon.

ALMIR. ¿En preguntarla indiscreto
andaré?

PRINC. No, por mi vida;
Pues estoy muy convencida
de que guardareis secreto.

ALMIR. A escucharos se prepara
mi atencion.

- PRINC. Daré respuesta franca, y la razon es esta: amo á Manrique de Lara.
- ALMIR. ¡Vos!
- PRINC. Estrañais que á mi edad una pasion arda aquí.
- ALMIR. No, Princesa.
- PRINC. Duque, sí.
- ALMIR. Os he dicho la verdad.
- PRINC. ¿La verdad?
- ALMIR. Sí.
- PRINC. ¡Duque!
- ALMIR. ¿Qué?
- PRINC. Por causas graves ó antojos, leo tambien en vuestros ojos que amais á Laura.
- ALMIR. No sé.
- PRINC. Basta. Para nuestro plan tratar algo mas despacio, id ahora mismo á palacio.
(Dirigiéndose á la puerta.)
- ALMIR. Ya os sigo.
- PRINC. No. Nos verán si entramos juntos los dos. Dad la vuelta con cautela.
- ALMIR. No tardaré.
- PRINC. El tiempo vuela. Adios, Almirante.
- ALMIR. Adios.
(Se vá por la derecha.)

ESCENA V.

LEONOR, *oculta*.—LA PRINCESA DE LOS URSINOS se acerca y mete la llave.

LEONOR. Pobre Laura, yo bendigo mis temores é inquietudes, pues ellas serán la causa de que tú los planes burles

- de los que contra tu dicha
tan pérfido enredo urden.
- PRINC. Bien pensado; mi cabeza
está firme, no sucumbe
al peso de los cuidados
que dá toda incertidumbre.
Corazon, de las pasiones
sientes el violento empuje;
pero no te quitan fuerzas
y nuevo aliento te infunden.
Bien, cabeza; corazon,
bien; compañeros ilustres
sois; marchad juntos, que pronto
las dos pisareis la cumbre.
(Abre la puerta.)
- LEONOR. ¿Cómo volveré á palacio
si cierra?
- PRINC. Me espera el Duque;
pero tambien me embriaga
el delicado perfume
de estas rosas, que de mayo
son precursoras. La lumbre
del primer rayo del sol,
que rasga doradas nubes,
forma diamantes y perlas
del rocío que las cubre.
Hermosas flores, las amo,
y tendria pesadumbre
en dejarlas; la mas bella
quiero que dichas me anuncie,
como el lucero que cruza
por los espacios azules.
(Se llega á los rosales y toca algunas rosas.)
- LEONOR. ¡Dios mío!
- PRINC. Vivirá muy poco
esta; las orugas bullen
en su seno, y por matarla,
se atropellan y confunden.
*(Leonor intenta ganar la puerta; pero se enreda
su vestido y agita las ramas.)*
Esta es mas lozana... Pero
¿quién de tal modo sacude
las ramas?

LEONOR.

¡Ah!

PRINC. *(Se lanza á la puerta y encuentra con Leonor.)*

Una mujer
es, que de mi encuentro huye.
Teneos.

LEONOR.

Señora...

PRINC. *(Con fingida calma.)*

Leonor.

Vaya; has hecho que me asuste.
¿Vienes de palacio?

LEONOR.

(Turbada.)

Sí.

PRINC.

¿Qué hay de malo? No te turbes.

LEONOR.

Temo...

PRINC.

No temas: recuerdo
todavía las costumbres
de Versalles, y no es justo
castigarte, porque cumples
de alguna cita galante
las exigencias comunes.

(Mira el reloj.)

(Las seis y media.) Tampoco
puedo permitir que busques
á mi vista los peligros.

LEONOR.

Señora...

PRINC.

No te disculpes.

(Don Alvaro aparece entre los árboles.)

Un hombre llega. Marchemos.

(Nos oyó. Dios nos ayude.)

(Se van por la puerta, que cierran por dentro.)

ESCENA VI.

DON ALVARO *en traje de guerra y con capa. Se adelanta
con cierta reserva,*

Dos mujeres eran, sí.

Tal vez mi Laura adorada
ahora se aleja de mí;
me ha estado esperando aquí,
y se retira cansada.

No, no. Mi dulce señora,
mi pura y gallarda flor
no pudo marcharse ahora;
la mujer á quien se adora
deja una estela de amor.
El perfume de su aliento
no mece apacible el áura:
su influjo no experimento,
su dulce impresion no siento...
no, no ha estado aquí mi Laura.
No ha estado; pero no cabe
duda en que á mi encuentro leda
vendrá, enamorada ave.
(*Se aproxima á la puerta.*)
Oigo rechinar la llave,
siento el crujir de la seda.
¡Ay! Profunda sensacion
hace tambien la alegría.
Es ella. La agitacion
habla de mi corazon.
(*Se abre la puerta.*)

ESCENA VII.

DON ALVARO.—LAURA *por la puerta, que deja entornada.*

LAURA. ¡Don Alvaro!

ALVARO. ¡Laura mia !

LAURA. Alvaro.

ALVARO. ¿Lloras, mi bien?

LAURA. Llorando estoy de contento.

ALVARO. Esas lágrimas detén.

LAURA. No, que tú lloras tambien.

ALVARO. Del placer que experimento.

LAURA. ¿Has vuelto de tus campañas?...

ALVARO. Laura mia, mas amante.

LAURA. ¿Es posible?

ALVARO. ¿Tú lo estrañas?

LAURA. Amor mio, ¿no me engañas?

ALVARO. ¿No te lo pruebo bastante?

¡Mis ojos mudos están,
ó no dicen, por ventura,
cuán grande ha sido mi afán,
y la vida que me dan
los rayos de tu hermosura?

LAURA. Sí.

ALVARO. ¿La llama de mi amor
en ellos no brilla?

LAURA. Sí.

ALVARO. ¿No comunico mi ardor?

LAURA. Sí, sí. Dime, por favor:
¿has pensado mucho en mí?

ALVARO. Siempre.

LAURA. Muestra á quien te adora,
Alvaro, tu pensamiento.

ALVARO. ¿Tú quieres verlo, señora?

LAURA. Lo quiero, y hora por hora,
y momento por momento.
Lo quiero ver desde el día
en que perdí mi placer,
perdiendo tu compañía.
Lo quiero ver...

ALVARO. ¡Gloria mia!

LAURA. Hasta que te vuelvo á ver.

ALVARO. La guardia noble y valona,
dispuesta á mostrar sus bríos,
salta á bordo en Barcelona,
y al viento sueltan la lona
los poderosos navíos.

La bandera de Castilla
en rayos de sol se baña;
y, abandonando la orilla,
abre la ferrada quilla
sulcos en la mar de España.

En los mástiles ondean
gallardetes, banderolas,
que con las brisas se orean,
y orgullosas se recrean
retratadas en las olas.

Suenan con ronca armonía
los atambores de guerra;
y, cuando declina el día,
ganamos la mar bravia

en pos dejando la tierra.

La ciudad, por tu amor grata,
me roba sombra importuna;
después, en golfos de plata,
su pálida faz retrata
la melancólica luna.

Yo, en la popa, con anhelo
un ¡ay! á las brisas di,
y, buscando algun consuelo,
la vista clavé en el cielo.

LAURA. ¿En qué pensabas?

ALVARO. En tí.

LAURA. Yo también, en la muralla,
ví con tristeza volar
la escuadra en tren de batalla,
rompiendo la espesa malla
de la transparente mar.

Y cuando ya, muy distantes,
se iban perdiendo las velas,
encanecidos gigantes,
fueron mis ayes errantes
en busca de sus estelas.

De bélicos instrumentos
el son se perdió lejano,
y con el son mis contentos;
pues te llamé con lamentos
que el eco repitió en vano.

Sin esperanza ninguna,
recordé en mi frenesí
tus promesas una á una;
y cuando brilló la luna...

ALVARO. ¿En qué pensabas?

LAURA. En tí.

ALVARO. Al despuntar la alborada
entre nacarados velos,
de Nápoles celebrada
penetramos en la rada
cubierta de barquichuelos.

Las torres con magestad
presentaban un dibujo,
rompiendo la oscuridad;
y despertó la ciudad
con sus ropajes de lujo.

Cien músicas, mil cantores,
en cien góndolas galanas,
al viento daban loores,
y arcos pasamos de flores,
repicando las campanas.

Y triste, Laura querida,
en el triunfal esplendor,
sin entusiasmo, mi vida,
caminaba el alma herida.

LAURA. ¿Y pensabas?...

ALVARO. En tu amor.

LAURA. Cuando la noche callada
daba sombras á mi lecho,
estaba mi alma turbada
de un pensamiento ocupada,
y lleno de afán mi pecho.

La imaginacion briosa
cruzaba rauda el espacio
con alas de mariposa,
y abandonaba amorosa
el recinto de palacio.

Ya me llevaba hácia un ser
amado la fantasía,
frenética de placer;
ya, con mágico poder,
el ser hácia mí atraía.

Y, cada vez aumentando
su actividad y su ardor,
iba el objeto acercando
con halago dulce y blando.

ALVARO. ¿Y pensabas?...

LAURA. En tu amor.

ALVARO. Pronto á trabar la contienda
con el tudesco arrogante,
y á dar á Marte su ofrenda,
pasé noches en mi tienda
del bien amado distante.

Al ronco son del clarín
relinchaba mi corcel,
recordando al paladín
que iba á conquistar al fin
su corona de laurel.

Al frente de una muralla

vi tendidos escuadrones,
en buen orden de batalla,
y torrentes de metralla
arrojaron los cañones.

Trabado el combate fiero,
demostró su arrojo ardiente
guerrero contra guerrero,
y vió Luzzara mi acero
bañado en sangre caliente.

Teniendo mi honor por ley,
graves peligros corrí,
y, entre la chemiga grey,
salvé la vida del Rey.
¿Y en quién pensabas?

LAURA.

ALVARO.

LAURA.

En tí.

Sí, sí; te daba valor
indomable mi memoria;
y, para amarme mejor,
me ofrecias con tu amor
un destello de tu gloria.

Lo comprendo. Eso es saber
amar; que en sangriento alarde
no olvidabas ¡oh placer!
que no podría querer
Laura Giron á un cobarde.

No dando paz á la mano,
con un corazon de hombre
recordabas, y no en vano,
lo que debe un castellano
á su pátria y á su nombre.

Eso es amar, eso es
obrar como varon fuerte;
que de su dama á los pies
bien llega el hombre despues
de arrostrar gloriosa muerte.

Estoy orgullosa, es cierto,
de amar á tan buen soldado,
don Alvaro; pues te advierto
que podré llorarte muerto,
mas no amarte deshonorado.

Yo te ofrezco en galardón
este llanto de alegría.

ALVARO. ¿No mas?

LAURA. Y mi corazón.
ALVARO. Gloriosas coronas son
las que me das, Laura mía.
LAURA. Te doy cuanto puedo darte,
y es menos que tú mereces.
ALVARO. ¿Me amarás siempre?
LAURA. ¡Qué amarte!
Alvaro mío, adorarte.
ALVARO. Bendita seas mil veces.

ESCENA VIII.

DON ALVARO.—LAURA.—DUVAL, *por la puerta del muro
con una carta.*

LAURA. (*A don Alvaro.*)
¡Duval!

ALVARO. (*A Laura.*)
No temas.

DUVAL. Señor,
la Princesa, mi señora,
me ha mandado que esta carta
os entregue en mano propia.

ALVARO. ¿A mí?

DUVAL. Don Alvaro, á vos;
y el sobrescrito lo abona.

ALVARO. (*Tomando la carta y leyendo el sobre.*)
"A don Alvaro Manrique
de Lara." Dice.

DUVAL. E importe:
habla la Princesa, que
hagais, señor, sin demora
lo que en ella se os previene.

ALVARO. Está bien.

DUVAL. ¿Es esta toda
la respuesta?

ALVARO. Sí.

DUVAL. ¿Teneis
que madarme?

ALVARO. Nada.
(*Se va Duval por la misma puerta.*)

ESCENA IX.

DON ALVARO.—LAURA, *que da muestras de viva ansiedad.*

LAURA. Pronta
felicitation os dan,
sin duda por la victoria
de Luzzara.

ALVARO. Laura mia,
ya recibí de tu Loca
el supremo galardón
y la mas rica corona.
Repíteme las palabras
de amor, que han sido mi gloria.
Repítemelas...

LAURA. Leed.

ALVARO. No faltará tiempo.

LAURA. Poca
atencion con una dama
usais, que tan fina os honra.

ALVARO. A tu lado estoy...

LAURA. Y, si mi presencia estorba,
os dejaré.

ALVARO. No, amor mio.

LAURA. Las grandes damas se enojan cuando tan mal se reciben las distinciones que otorgan.

ALVARO. Qué dices, Laura...

LAURA. ¿qué dices, Laura...
 Leed.
(Don Alvaro vacila en romper el nema.)
 Será preciso que rompa
 yo misma el nema.
(Coge la carta, rompe el nema, y entrega el pliego á don Alvaro.)

Tomad.

ALVARO. Laura...

LAURA. Discurren las horas,
y es preciso que cumplais

lo que os mande.

ALVARO. Laura hermosa...

LAURA. Leed, don Alvaro. Lo quiero.
Lo exijo. Leed, que es muy corta.

ALVARO. *(Después de leer algunas líneas.)*
(¡Dios mío!)

LAURA. Palidez mortal
cubre vuestra faz, y brota
el sudor en vuestra frente.

ALVARO. Te engañas, mi bien.

LAURA. Se ahogan
las frases en vuestros labios.
Temblais... ¿En vez de lisonjas,
contiene ese fatal pliego
reconvenciones furiosas?
Leed mas.

ALVARO. No.

LAURA. ¿Temeis acaso
apurar toda la copa
del placer?... Yo tengo aliento
para beber su ponzoña.

ALVARO. *(Arrebatándole la carta.)*
(Queriendo recobrarla.)

Laura.

LAURA. Atrás...
(Leyendo.)

«Alvaro mío:»
(¡Ah!) «Quien rendida te adora
»y ha sufrido con tu ausencia...»

ALVARO. * Calla, por Dios.

LAURA. *(Leyendo.)*

«Penas hondas;
»te espera con alma y brazos,
»enamorada y celosa.»
«Ana María.»
(Devolviéndole la carta.)

Tomad.

ALVARO. Escucha...

LAURA. ¿Para qué? sobran
las excusas. He leído,
sin perder letra ni coma,
este billete. Tomad.

ALVARO. Es preciso que me oigas.

- LAURA. (*Haciéndole tomar la carta.*)
Tomad. ¿No veis que se quemán
mis manos con estas hojas?
- ALVARO. Soy inocente.
- LAURA. Está escrito.
- ALVARO. De una trama tenebrosa
soy víctima.
- LAURA. No mintais;
pues quien miente se deshonra.
- ALVARO. Lo juro por nuestro amor.
- LAURA. Profanacion horrorosa.
- ALVARO. Laura, yo te adoro.
- LAURA. Basta,
que está la ofensa notoria.
- ALVARO. Una palabra.
- LAURA. Dejadme,
por favor : quiero estar sola.
- ALVARO. Escúchame.
- LAURA. Las excusas
son mentiras que se forjan.
- ALVARO. Mi fé de soldado...
- LAURA. Miente.
- ALVARO. Mi sangre...
- LAURA. No es española.
- ALVARO. De la mejor de Castilla.
- LAURA. La bastardean las obras.
- ALVARO. ¡Laura!
- LAURA. Dejadme... Os lo mando
sin lágrimas y sin cólera.
- ALVARO. ¿No me das crédito?
- LAURA. Vos,
puesto en mi lugar ahora,
¿qué hicierais, si entre mis manos
de un hombre carta amorosa
viérais?
- ALVARO. Matarlo.
- LAURA. Lo creo.
- ALVARO. Beber su sangre.
- LAURA. Nosotras
no manejamos espadas
que poner en sangre rojas;
pero tenemos, en cambio,
un desden que se desploma,

una dignidad que acusa,
y un desprecio que abochorna.

ALVARO. Ves en mi faz...

LAURA. La vergüenza.

ALVARO. Mátame y oye.

LAURA. No es hora.

ALVARO. Yo te diré...

LAURA. Caballero,
esa insistencia me enoja.

ALVARO. Oye, por mi amor.

LAURA. Dejádme.

Os lo ruega una señora.

ALVARO. ¿Quieres que lleve en el alma
la muerte?

LAURA. Poco me importa.

ALVARO. ¿Quieres...?

LAURA. Que os vayáis.

ALVARO. Adios.

*(Un ademán imperioso de Laura para que se
aleje.)*

Por este llanto que brota
de mis ojos...

LAURA. Enjugadlo.

ALVARO. Es un soldado quien llora.

LAURA. Mal está el llanto en un hombre.

Enjugadlo, y que no corra.

(Don Alvaro se vá por la derecha, abatido.)

ESCENA X.

LAURA permanece en ademán altivo un momento, des-
pués se entrega á su dolor.

Ya estoy sola... Esto es morir.

Salgan mis ayes al viento,

y acabe mi sufrimiento,

que no puedo mas sufrir.

Corazon, ya libre estás
del peso de fatal calma.

Que corra el llanto del alma;

no puedo ocultarlo mas.

Lo adoraba tanto, tanto...
¡Ay!.. No puedes, alma mia,
perderlo todo en un día
sin derramar triste llanto.
Ilusion encantadora,
hermosa, pura, adorada,
dos años acariciada
y perdida en una hora;
llévate, por compasion,
al ir á salir del pecho,
aunque sangriento y deshecho,
contigo mi corazon.

(Pausa.)

Sin mi amor, sin la esperanza
que tanto tiempo ví leda,
¿a este infeliz qué le queda?...
¿Qué le queda?... La venganza.
¡Venganza!... La tomaré,
que como candente plomo
caiga sobre él... No sé cómo,
pero yo me vengaré.
Fementido, vil me hirió
y cruel : pues ¡viven los cielos !
que sabrá lo que son celos,
lo mismo que lo sé yo.
Con la hiel que mi alma brota
emponzoñaré su herida,
con tal constancia vertida
que la apure gota á gota.
Y el eco de mi dolor
será su dolor sombrío.
¡Vengarme quiero, Dios mio!
¡Vengadme!..

ESCENA XI.

LAURA.—*EL ALMIRANTE, por la puerta del muro, que llega hasta la joven sin que esta lo haya visto venir.*

ALMIR. Laura.

LAURA. Señor.

ALMIR. ¿Qué tienes? Estás turbada
y descubre amarga pena
tu rostro.

LAURA. No: estoy serena
y alegre. No tengo nada.

ALMIR. Si estás tranquila, hablaré
contigo de un grave asunto.

LAURA. Hablemos, señor, al punto.
¿Qué quereis decirme? ¿Qué?

ALMIR. Como mucho le interesa,
ayer me habló con anhelo
el buen Duque del Castelo,
del amor que le profesa.

LAURA. ¿Y qué pretende?

ALMIR. Es muy llano.

Para premiar su pasion,
quiere que, sin dilacion,
le entregues tu linda mano.

LAURA. ¿El Duque es muy noble?

ALMIR. Sí:

y su fortuna no escasa.

LAURA. ¿Tan noble como mi casa
es la suya; no es así?

ALMIR. Te iguala en ilustre nombre.

LAURA. ¿Aceptando...

ALMIR. En mi concepto
harás muy bien.

LAURA. Pues acepto.
(Y que me vengue este hombre.)

ALMIR. Laura, ¿tu resolucion...

LAURA. Es invariable: lo fio.
Y he de cumplirla (¡Dios mio!)

sin ninguna dilacion.
Estoy orgullosa, ufana...
ALMIR. ¿Y te unirás... (Trance horrible.)
LAURA. Ahora mismo, si es posible,
y lo mas tarde mañana.
ALMIR. Reflexiona.
LAURA. Lo he pensado.
ALMIR. Pero...
LAURA. ¿Buscáis dilaciones
vos, que en otras ocasiones
tanto me habeis acosado?
ALMIR. No; pero tu bien ansio.
LAURA. Desechad todo recelo.
Ser Duquesa del Castelo
quiero; en ello mi bien fio.
Y no tardeis vacilante
en anunciar á mi esposo
el término venturoso
de lo que ha buscado amante.
Id, señor; id con premura,
y repetid cuanto os digo;
pues albricias vuestro amigo
os dará de su ventura.
¿Yo instando y remiso vos?
ALMIR. ¿Es tu entusiasmo sincero?
LAURA. Sí.
ALMIR. ¿Tú lo quieres?
LAURA. Lo quiero.
¿Por qué os deteneis?
ALMIR. Adios.
(Se va por la izquierda abatido.)

ESCENA XII.

LAURA, febricitante; y al ir á decir los dos últimos versos
aparece la Princesa de los Ursinos en la puerta.

LAURA. Esto es hecho; si. Casada
me verá. Le doy mi mano
al Duque, porque es anciano

y me hará mas desgraciada.
Mas desgraciada... Mejor...
Para el mal que me consume,
es preciso que me abrume
el peso de mi dolor.
Veo mi venganza ¡oh placer!
y con júbilo la espero.
Sí... Mas lo que yo no quiero
(*Viendo á la Princesa.*)
es ver mas á esa mujer.
(*Huyendo de ella.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Una cámara en el palacio del Buen-Retiro, con dos puertas colaterales y una en el fondo. En primer término una mesa con escribanía.

ESCENA PRIMERA.

EL ALMIRANTE.—EL DUQUE DEL CASTELO.

ALMIR. Está ya todo dispuesto,
con el secreto bastante,
que conocen las personas
puramente indispensables.

DUQUE. Gracias por vuestros favores
os doy de nuevo, Almirante;
y si no os pago mi deuda
consistirá en que es muy grande.
De vuestra mano recibo
esposa de ilustre sangre,
tan hermosa, que divina
es entre humanas beldades;
y desde hoy mas bien podeis,
en los mas espuestos trances,
disponer de mis riquezas,
de mi crédito y mi sangre.

ALMIR. Dándoos á Laura, sellamos
hoy, al pié de los altares,
con una marca indeleble
nuestras firmes amistades.

DUQUE. Es cierto; si vuestro amigo
he sido siempre constante,
ganando con vos las glorias
y partiendo los afaes,
sabré en la civil contienda,
que en nuestros dominios arde,
de quien tenga vuestra ayuda
hacer bizarro la parte.
Si sois Borbon, soy Borbon;
y si austriaco, como nadie
seguiré del Archiduque
las banderas imperiales.

ALMIR. Cuento con vos. Bien sabeis
que, con esfuerzo y con arte,
la corona de dos mundos
ceñí á Felipe arrogante.

DUQUE. Lo sé.

ALMIR. También sabeis, Duque,
que, por celos miserables
de poder, Portocarrero,
Luis catorce y sus secuaces
me arrebatan los honores
con mil intrigas infames.
De tan negra ingratitud
yo necesito vengarme,
y si un Borbon me desprecia,
haré que caro lo pague.
El príncipe de Darmtadt,
vengando propios ultrages,
del Archiduque tremola
los gloriosos estandartes.
Un mensajero ayer mismo
he recibido, que trae
para quien Borbon desprecia
ofertas muy importantes.

DUQUE. ¿Que habeis aceptado?

ALMIR. No;
pero el día en que se acabe
mi paciencia...

DUQUE. ¿Aceptareis?
ALMIR. Pudiera ser.
DUQUE. Avisadme.
ALMIR. Amigos tengo en Castilla.
DUQUE. Yo no poco influjo en Nápoles.
ALMIR. Bien puedo armar mil ginetes.
DUQUE. Yo puedo armar mil infantes.
ALMIR. Si llega el caso...
DUQUE. Silencio,
no descubran nuestros planes.

ESCENA II.

EL ALMIRANTE.—EL DUQUE DEL CASTELO.—ENRIQUE, *vestido de corte, por el foro.*

ALMIR. Capitan, muy bien venido.
ENRIQUE. Señor, los cielos os guarden.
DUQUE. ¿Qué hay de Italia?
ENRIQUE. Señor Duque,
poquísimas novedades.
Buen tiempo, bellas mujeres,
y soldados que reparten
plomo y cada cintarazo
que da con un hombre al traste.
DUQUE. ¿Mucha guerra?
ENRIQUE. Regular.
ALMIR. ¿Se bate al cobre?
ENRIQUE. Se bate,
como en nuestros buenos tiempos
los viejos tercios de Flandes.
ALMIR. La guerra es un buen negocio
para los jóvenes.
ENRIQUE. Diantre,
los que van al otro mundo
bastante malo lo hacen.
ALMIR. ¿Os huele mal, capitan,
la pólvora?
ENRIQUE. En los combates
he ganado las insignias

que llevan los capitanes,
y no creo que ninguno
me haya llamado cobarde.

ALMIR. No he dicho tal.

ENRIQUE. Ya lo creo.

Si alguno me lo llamase,
del Rey abajo, tendria
necesidad de probarme.

DUQUE. ¡Bravo, bravo! se conoce
la sangre española.

ENRIQUE. En tales
casos, los hombres de honor,
españoles ó alemanes,
sin vacilar obrarian
de un modo muy semejante.
Por lo demás yo no encuentro
motivo para enojarme,
que un buen general me honra
tan solo con que me hable.

ALMIR. Si os ofendí, capitán,
quiero que hagamos las paces.

ENRIQUE. Por hechas.

ALMIR. Pues como vos,
si hay ocasion en que mande,
pediré al rey que me dé
los mejores oficiales.

ENRIQUE. El contar, señor, conmigo
no lo dudeis, será honrarme.

ALMIR. Pues no olvideis la promesa.

ENRIQUE. Nunca he prometido en valde.

ALMIR. Vámonos, Duque.

DUQUE. (*A Enrique.*)

Fortuna.

ENRIQUE. Y guerra.

ALMIR. Que el cielo os guarde.

ESCENA III.

ENRIQUE.

Fortuna: bien la deseo,
y es para desesperarse
el juego que trae conmigo
esa fortuna inconstante.
Apenas llegué, á mi encuentro
salió mi adorado ángel,
dándome con sus amores
mil placeres celestiales.
Pero despues la fortuna,
mujer esquiva y mudable,
ha eclipsado á mi Leonor
para ofrecirme el contraste.
Si la busco no la encuentro;
si pregunto, nadie sabe
donde se ha metido, y ando
por estas cámaras reales
como cuitado poeta
en busca de un consonante.
Tendré que fijar pregones,
ofreciendo á quien la halle
cien escudos, que no tengo,
que daré, cuando los gane.
Alvaro llega: él por Laura
sabrás... Voy á preguntarle.

ESCENA IV.

ENRIQUE.—DON ALVARO, *por el foro, vestido de corte y preocupado.*

ALVARO. (Laura... Es horrible mi suerte.)¹ [E]

ENRIQUE. Alvaro!

ALVARO. Enrique!

ENRIQUE. Esa cara...

¿Qué tienes, amigo Lara?
¿Qué vas buscando?

ALVARO. La muerte.
ENRIQUE. ¡La muerte!... ¿Por qué tan mustia
tristeza tu faz pregona?

ALVARO. Perdona, Enrique, perdona
y déjame con mi angustia.

ENRIQUE. El motivo he de saber
de tu mal, por vida mía.
¿De qué nace tu agonía?
Dímelo.

ALVARO. No puede ser.

ENRIQUE. Secretos entre los dos...
Bien, Alvaro, te prometo
no hablar mas de tu secreto.
Guárdalo.

ALVARO. Enrique, por Dios.
¿Qué he de decirte? No sé
lo que me pasa yo mismo.
En el fondo de un abismo
me encuentro, y no sé por qué.
Jiro en derredor de un foco;
en un círculo me encierro;
y mi cabeza es de hierro
cuando no me vuelvo loco.
El silencio en pena tanta
es imposible, lo juro;
y luego que hablar procuro
se me anuda la garganta.

ENRIQUE. Pon tus penas sin temor
en el pecho de un amigo.

ALVARO. No sufre ningún testigo
lo acerbo de mi dolor.

ENRIQUE. Laura...

ALVARO. ¡Calla!

ENRIQUE. Alvaro, ¿infel
es, inconstante y perjura?

ALVARO. No.

ENRIQUE. ¿La ofendes, por ventura?

ALVARO. Es mi suerte mas cruel.
Como nunca mi pasión
es señora de mi vida;
y con todo, está ofendida,

y ofendida con razon.
Incomprensible maldad
nuestras almas envenena.
La apariencia me condena.

ENRIQUE. Que te salve la verdad.

ALVARO. Quiero combatir su error;
pero me niega el oido.
Me rechaza, y he perdido
mi vida, Enrique, su amor.

ENRIQUE. Es tan grande tu pesar
que te ofusca la fatiga.

ALVARO. Soy victima de una intriga,
y no la puedo aclarar.
De mi silencio te asombras,
cuando mas hablarte quiero.
Vida necesito, y muero;
busco la luz, y hallo sombras.
Quiero parar mi razon,
y el pensamiento se trunca.

ENRIQUE. ¡Alvaro!

ALVARO. No ha estado nunca
tan débil mi corazon.
Y en estos párpados rojos,
como prueba de quebranto,
puedes contemplar el llanto
que están vertiendo mis ojos.

ENRIQUE. Arranca llanto su herida
á un hombre bizarro y fuerte?

ALVARO. Sí: yo no temo la muerte;
pero me asusta la vida.

ENRIQUE. Tú lloras... Máteme, amen,
un torrente de metralla.

ALVARO. Lloro, Enrique.

ENRIQUE. Calla, calla,
que estoy llorando tambien.
Esta es buena... ¡Vive Dios,
que de mi mismo me espanto!...
Gente llega... Quede el llanto
guardado para los dós.

ESCENA V.

ENRIQUE.—DON ALVARO.—EL MARQUÉS DE LOUVILLE, *por la derecha.*

MARQ. Don Alvaro, á vuestro encuentro salgo, y hablaros quisiera, aunque ya el concejo espera que os presenteis allá dentro.

ALVARO. Podeis hablarme, Marqués de Louville.

ENRIQUE. *(A don Alvaro.)*
(Valor, hermano de armas. Estrecha mi mano.)
(Don Alvaro estrecha la mano de Enrique, y este saluda al Marqués.)

MARQ. Capitan.

ENRIQUE. Hasta despues.
(Se vá por el foro.)

ESCENA VI.

DON ALVARO.—EL MARQUÉS DE LOUVILLE.

ALVARO. Solos estamos.

MARQ. Teneis reputacion de esforzado.

ALVARO. Cumpló el deber de soldado, y me honrais.

MARQ. Lo mereceis.

Vuestra nobleza pregoná el noble apellido Lara.

ALVARO. Mi estirpe es antigua y clara.

MARQ. Y vuestro valor la abona.
Luis catorce, mi señor,
funda su mayor grandeza
en respetar la nobleza,
y en admirar el valor.

ALVARO. Lo sé.

MARQ. A probaros aspira,
cumpliendo un deber sagrado,
que, por noble y esforzado,
os respeta y os admira.
Y que, de celos agena,
su Magestad en campaña
premia á los hijos de España
como á los hijos del Sena.
El valor os dá derecho
al premio, y me manda ufano
que coloque por mi mano,
(*Quitándose la cruz de San Luis, y queriendo ponérsela á don Alvaro.*)
esta cruz en vuestro pecho.

ALVARO. Tened; pues no es justa ley
para el noble que milita,
que de estraña mano admita
don que no le dá su Rey.

MARQ. Don Alvaro, en la campaña,
bajo el mando habeis servido
de Vandome.

ALVARO. Yo me he batido,
Marques, por el Rey de España.
Esto es claro, como el sol.

MARQ. Aceptad la cruz.

No cejo.

ALVARO.

MARQ. Mi Rey...

ALVARO. Me aguarda el concejo.

MARQ. Sois, don Alvaro...

ALVARO. Español.

(*Se vá por la derecha.*)

ESCENA VII.

EL MARQUÉS DE LOUVILLE.

Qué desdeñosa altivez
muestran grandes y pequeños;
no quieren estraños dueños
ni dos reyes á la vez.

Pocos, muy contados son
los magnates castellanos,
que dejan en nuestras manos
las riendas de la nación.
Y mas de una vez recelo,
siguiendo este laberinto,
que el mismo Felipe Quinto
se cansa ya de su abuelo.
Para mas daño, con esa
necia y pueril arrogancia
de mujer, escribe á Francia
mil embustes la Princesa.
Aprovecha en su favor
la fuerza que el Rey le dá,
y desvanecida está
la camarera mayor.
Sí la contradigo, altiva
me replica y si no cejo,
se muestra á cada conquejo,
mas resuelta y mas esquivá.
La Maintenon en París
la sostiene y es preciso
que yo dé de todo aviso,
sin mas demora, al Rey Luis.
Pues si quiere su poder
ostentar como conviene,
que quitar muy pronto tiene
de Madrid á esa mujer.

ESCENA VIII.

EL MARQUÉS DE LOUVILLE.—LA PRINCESA DE LOS URSINOS,
por la izquierda.

PRINC. *(Con mucho agasajo.)*
Marqués.

MARQ. *(Con mucho agasajo.)*
Princesa, buen día
se prepara á mi deseo;
pues lo primero que veo
sois vos.

- PRINC. Por fortuna mía.
MARQ. ¿Qué tales las nuevas son
que tenemos de Versalles?
PRINC. Buenas: me escribe Noalles
y también la Maintenon.
MARQ. Saben que vuestro talento
es el claro sol que brilla
en los reinos de Castilla.
PRINC. De vuestro merccimiento
con encomio la Marquesa
habla siempre, y os saluda.
MARQ. Todo lo debo, sin duda,
á vuestra amistad, Princesa.
Del Rey tengo carta...
PRINC. ¿Y es...?
MARQ. En vuestro elogio, no parca.
PRINC. Debo el favor del monarca
á vuestra amistad, Marqués.
MARQ. A vuestro mérito.
PRINC. No.
Con una lealtad de hermano
hablais de mí al soberano,
como de vos hablo yo.
MARQ. Si os empañais cederé.
PRINC. A cada cual distribuyo,
en justicia, lo que es suyo.
¿No haceis lo mismo?
MARQ. Sí, á fé.
PRINC. Oyéndonos, no dirá
la mas suspicaz malicia
que vos no me haceis justicia.
MARQ. Ni vos á mí.
PRINC. Claro está.
Y es gran lástima, por Dios,
que no tengamos testigos,
para que vean dos amigos
tan buenos como los dos.
MARQ. Tuviera en ello placer.
PRINC. ¿Llegais á palacio ahora?
MARQ. Voy al concejo, señora.
PRINC. Pues no os quiero detener.
MARQ. Con muy grave pena os dejo.
PRINC. Ya nos veremos despues.

MARQ. Princesa, adios.
PRINC. Dad, Marqués,
un saludable consejo.

ESCENA IX.

LA PRINCESA DE LOS URSINOS.

Como á mujer me desprecia,
y á vencerme se prepara;
yo haré que le cueste cara
una presuncion tan necia.

Para vencer á un gigante
con noble valor me siento.
Tengo el valor del talento
y venceré. El Almirante.

ESCENA X.

LA PRINCESA DE LOS URSINOS.—EL ALMIRANTE, *por el foro.*

ALMIR. En busca vuestra, señora,
vengo.

PRINC. Esperándoos estaba.

¿La cerimonia se acaba?

ALMIR. No: debe empezar ahora.

PRINC. Pues no la retardeis mas.

Que los una presuroso
ese lazo religioso
que no se rompe jamás.

ALMIR. Exactamente he cumplido
todo lo que ofrecí.

PRINC. Bien.

Yo vengo á cumplir tambien
todo lo que he prometido.

ALMIR. En ello vá mi sosiego.

PRINC. Respeto vuestras razones
y sin poner condiciones,
os doy, señor, este pliego.

(*Dá uno al Almirante, que este recorre con ansiedad.*)

ALMIR. Estoy satisfecho.

PRINC. ¿Si?

- Y mis promesas cumplidas.
- ALMIR. Las dos firmas convenidas,
y el mandato que pedi.
- PRINC. Una escolta y un corcel
esperan á vuestro hombre.
Pero aquí falta su nombre.
(Señalando el pliego.)
- ALMIR. Pronto lo vereis en él.
(El Almirante escribe un nombre en el pliego, y
lo devuelve á la Princesa.)
Vos lo pondreis en su mano
antes que salga de aquí.
¿Prometeis hacerlo?
- PRINC. Si.
- ALMIR. De orden de la Reina.
- PRINC. Es llano.
- ALMIR. Aplaudo, por lo sencilla,
la combinacion.
- PRINC. Señora,
igual á la vuestra.
- ALMIR. Ahora,
Almirante, á la capilla.
(El Almirante se vá por el foro.)

ESCENA XI.

LA PRINCESA DE LOS URSINOS.

Con el religioso sello
será ese lazo fatal
para su cuello un dogal,
quedando libre mi cuello.

Gracia, juventud, belleza,
marchitaran mis engaños.
A los cincuenta y tres años
muy firme está mi cabeza.

Animo y resolucion
hoy, como siempre, lie tenido;
y aun queda fuego escondido
en mi viejo corazon.

Mas animoso y constante

está, que nunca lo vi.
(*Don Alvaro por la derecha.*)
Don Alvaro llega aquí.
No hay que temblar... Adelante.

ESCENA XII.

LA PRÍNCESA DE LOS URSINOS.—DON ALVARO, *en el mas profundo abatimiento.*

ALVARO. (Esto es morir, esto es
sufrir horrible tortura.)

PRINC. Don Alvaro.

ALVARO. ¿Quién me nombra?

PRINC. Yo.

ALVARO. ¿Vos?

PRINC. Si; yo. Nuestra augusta
soberana ha decidido
recibiros á la una.

ALVARO. Lo sé, Princesa, y la hora
esperaré.
(*Queriendo marcharse por el foro.*)

PRINC. Se acostumbra
á esperar en esta cámara.

ALVARO. Lo sé.

PRINC. Y un ughier anuncia
el momento de pasar
hasta la régia clausura.
Esto manda la etiqueta
que en nuestra corte se usa,
y que vos no la observeis
no puede tener disculpa.

ALVARO. La tendré.

PRINC. ¿En esa mirada,
qué revela tanta angustia?

ALVARO. Señora...

PRINC. Quedaos, don Alvaro,
en la cámara; pues nunca
ha sido mi compañía,
desdeñada ni importuna.

ALVARO. ¿Vos lo quereis?

PRINC. Yo lo quiero.

ALVARO. El sudor mi frente inunda,
al sentir sobre mi rostro
el golpe de vuestras burlas.
Dejadme, por Dios, Princesa;
dejadme, por Dios, que huya:
que aun tengo fuerzas bastantes,
por ser mujer quien me injuria,
para guardar en mi pecho
el cáliz de mi amargura.

PRINC. Calmaos.

ALVARO. Señora:..

PRINC. Calmaos.
y no apeleis á la fuga.

ALVARO. Dejadme franco el camino.
Os lo ruego, por la última
vez.

PRINC. No, quedaos.

ALVARO. Princesa,
me quedo. Vuestra es la culpa.
Con el infierno en el alma,
sin esperanza ninguna
de recobrar aquel bien
que era mi sola ventura,
de dama os guardé los fueros;
mas, pues provocais la lucha,
os pediré, sin rebozo,
cuenta de vuestra conducta.
¿Conoceis este billete?
(Presentándoselo.)

PRINC. Si.

ALVARO. ¿Lo conoceis?

PRINC. Mi pluma
lo escribió, y está mi nombre
en él; no me queda duda.

ALVARO. ¿Con qué motivo ó derecho
una noble dama abusa,
y á mi corazon la muerte
lleva con esta calumnia?
Porque esta carta, señora,
que horrible perfidia oculta,
ha roto de un amor santo
la siempre dulce coyunda.

Con esta carta de infiel
y fementido me acusa
la que es alma de mi alma,
una mujer noble y pura.
Y sois vos, la que en mi daño
tantos tormentos aduna,
quien á mi encuentro salís,
deteniéndome en mi ruta.
Y os ven mis ojos, y haceis
que nuevos tormentos sufra;
y sois mujer, y no puede
aniquilaros mi furia.

PRINC.

Don Alvaro, soy mujer;
por desdicha ó por fortuna
os vi, sintiendo hácia vos
una pasion grande y ruda.
En la corte de Castilla
colocada á grande altura,
y siendo de sus mercedes
dispensadora absoluta,
me incliné hácia vos, en tiempo
que me cercaba una turba
de adoradores; y vos,
con indiferencia suma,
ó no visteis mis cuidados,
ú ofendisteis mi ternura.
Prudente, aunque enamorada,
supe averiguar astuta
que amábais á una mujer
jóven, de grande hermosura;
y, ocultando de mis celos
la llama, que hoy os deslumbra,
esperé, durante un año,
esa ocasion oportuna,
que dando celos á Laura,
dá á vuestro amor sepultura.
Ya teneis de ese billete
esplicacion franca y brusca.
Os amaba y ahora os amo;
mi estrella mas clara alumbra;
si ambicion teneis, seguidme,
y yo al nombre que os ilustra
daré todos los honores

que los mas osados buscan.
¿Qué me respondeis?

ALVARO. Que odio
vuestra diabólica astucia;
que vuestro poder desprecio,
y que vuestro amor me insulta.

PRINC. ¡Don Alvaro!

ALVARO. Habeis de oirme.

Ya he roto las ligaduras
del respeto, mal tenido,
á la mujer y á su cuna.
Yo haré que pérfida máscara
vuestras facciones no encubra,
y quitaré al esqueleto
su brillante vestidura.
Yo publicaré...

PRINC. ¿Esa carta?

(Movimiento de don Alvaro.)

Con ella abríreis la tumba
al honor de una mujer
que dá su amor por disculpa.
Hareis bien.

ALVARO. Hago bien siempre.

(Rompe la carta y va á arrojar los pedazos; la Princesa se los arrebatá.)

Ya queda esta lengua muda.

PRINC. Dádmelos: si caen al suelo
no faltará quien los una.

ALVARO. No me permite mi honor
hacer vuestra infamia pública.
¿Qué importa que ese billete
en el misterio se hunda,
ó que, padron de ignominia,
á la faz del cielo luzca,
si ya sobre una fé ardiente
ha tendido espesas brumas?
Laura lo ha visto, mi Laura.
A su contacto las puntas
de los dardos de los celos,
espinas que tanto punzan,
han hecho brotar la sangre
de su corazon: injusta
me ha condenado al tormento

de una eterna desventura.
Me cree infiel cuando la adoro...

PRINC. Callad; pues es pena mucha
para una mujer oír
que su odiosa rival triunfa.
Este tormento es tan grande...

ALVARO. Que vos lo sentís?

PRINC. Si.

ALVARO. Justa
venganza que al fin castiga
vuestra villana impostura.

PRINC. Don Alvaro...

ALVARO. Me da aliento
ese dolor que os abrumba,
y ya el sol de la esperanza
ante mis ojos fulgura.
Laura me creará; la nube
disiparé que la ofusca,
y la verdad de mi amor
hallará en mi frente mística.
En recompensa del llanto
que á mi corazón inunda,
me dará su amor mas grande,
volverá su fé mas fúlgida.
Será mi esposa.

PRINC. ¡Jamás!...

ALVARO. Mi corazón me lo anuncia.

PRINC. Miente el corazón. Ya Laura
no puede ser vuestra nunca.

ESCENA XIII.

LA PRINCESA DE LOS URSINOS.—DON ALVARO.—LAURA.—
EL ALMIRANTE.—EL DUQUE DEL CASTELO *se adelantan*
por el foro.—UN UGIER *en la puerta de la izquierda.*

ALVARO. Mentís.

PRINC. Pues miradla.

ALVARO. *(Queda como herido del rayo.)*
¡Cielo!

UGIER. (*A don Alvaro, que no se mueve.*)
La Reina espera.

PRINC. (*Está hermosa.*)

La Reina espera. Es la esposa
del buen Duque del Castelo.

(*A don Alvaro, empujándole dentro de la puerta de la izquierda; el uquier corre la cortina y desaparece.*)

ESCENA XIV.

LA PRINCESA DE LOS URSINOS.—*LAURA abatida, pero que al ver á la Princesa se reanima y clava en ella una mirada de profundo ódio.*—EL ALMIRANTE.—EL DUQUE DEL CASTELO.

ALMIR. Señora, el Duque desea
las gracias, por el favor
que le haceis, daros.

PRINC. Honor
gana quien por vos se emplea.

DUQUE. Y que mi esposa tendrá
en vos una protectora,
me atrevo á esperar, señora.

PRINC. Tierna amiga me verá.

DUQUE. Gracias.

PRINC. Hermosa duquesa,
mi fina amistad os doy.
Recibidla desde hoy.

LAURA. Sé lo que vale, Princesa.

PRINC. Y para vos, Duque, ufana
tengo tambien, en verdad,
una muestra de bondad
que os dá nuestra soberana.

DUQUE. Yo la estimo desde luego
por señalada merced.
¿Es la real gracia?...

PRINC. Leed
lo que contiene este pliego.
(*Dándole el que presentó al Almirante.*)

- DUQUE. (*Leyendo.*)
»Para honrar vuestra persona,
»Duque del Castelo, ir
»debeis luego á recibir
»al monarca á Barcelona.»
- PRINC. A recibir al Rey...
- DUQUE. Pero...
- PRINC. Ganais honor infinito.
- DUQUE. La Reina firma este escrito.
- PRINC. Y tambien Portocarrero.
- DUQUE. La órden dejaré cumplida.
- PRINC. Cumplen los buenos vasallos.
Abajo teneis caballos
y una escolta prevenida.
- DUQUE. ¿Para qué?
- PRINC. Su magestad
quiere que salgais al punto.
- DUQUE. ¡Princesa!...
- PRINC. Es grave el asunto
y esa la real voluntad.
Voy á cumplirla.
(*Aparte al Almirante.*)
(Almirante,
mucho mi vista penetra.
Mi nombre de vuestra letra
está.)
- PRINC. ¿Marchais?
- DUQUE. Al instante.
Duquesa, os dejo.
- PRINC. Partid.
Cuidaré de ella.
- DUQUE. Es mi ley
salir á esperar al Rey...
Vos os quedais en Madrid.
- PRINC. Con buenos amigos.
- DUQUE. (*Al Almirante.*)
Vos
acompañadme siquiera
hasta el fin de la escalera,
y os dare el último adios.
(*Se van por el foro.*)

ESCENA XV.

LA PRINCESA DE LOS URSINOS.—LAURA.

PRINC. ¿Vos, duquesa del Castelo,
sola tan recién casada,
quedareis desconsolada?

LAURA. ¿Vais á ofrecirme consuelo?

PRINC. A vuestro esposo ofreci...

LAURA. ¿Cuidar de mí?

PRINC. De buen grado.

LAURA. Gracias por vuestro cuidado.

PRINC. ¿Os bastais vos misma?

LAURA. Si.

PRINC. En tal caso perdonad
oferta tan importuna.

Voy, pues ha dado la una,
á ver á su Magestad.

(Se va por la izquierda.)

ESCENA XVI.

LAURA.

¡Casada!... ¡Casada!... Sí.

¿Con quién...? ¿Cómo soy su esposa?

Y esa mujer una losa

es que pesa sobre mí.

¡Casada!... No puedo mas

con mi dolor... ¡Sufro tanto!...

Pero no verá mi llanto

esa mujer, no. Jamás.

¿Y por qué he de llorar...? No,

no quiero llorar... ¿Por quién?..

Así él sufrirá tambien...

Mas no tanto como yo.

Se disipó la aureola

de mi amor, siempre querida.
¡Ay! ¿qué me queda en la vida?..
Llorar, llorar, pero sola.

ESCENA XVII.

LAURA.—ENRIQUE, *por el foro.*

ENRIQUE. Laura.

LAURA. Enrique.

ENRIQUE. ¿Ese dolor
que en lágrimas se convierte,
es...

LAURA. Es, Enrique, la muerte.

ENRIQUE. Pues va de mal en peor.
Ayes responden si hablo,
lágrimas hallo si miro;
y el palacio del Retiro
es el castillo del Diablo.
Ayer á Leonor perdi,
de don Alvaro en la mustia
faz vi el sello de la angustia...

LAURA. ¿Alvaro penaba?..

ENRIQUE. Sí.

Y, para pena mayor,
soy de ese llanto testigo.
Conque vos llorais, mi amigo
sufre, se pierde Leonor...
Yo rabio... No falta mas
que el palacio se desplome,
y entre sus ruinas asome
la cabeza Barrabás.
Quiero adivinar, porfio,
y, entre tanto rostro sério,
no hay quien me aclare el misterio.

ESCENA XVIII.

LAURA.—ENRIQUE.—LEONOR, *por el foro.*

LEONOR. Enrique, Laura... ¡Dios mío!

LAURA. Leonor.

ENRIQUE. Gracias á Dios... ¿Quién
te ha confiscado?..

LEONOR. Presa
me ha tenido...

ENRIQUE. ¿La francesa?

LEONOR. Sí.

ENRIQUE. Pues sea maldita.

LEONOR. Amen.

(A Laura.)

Y te juro que por mí
la prision no me affigia.

LAURA. ¿Pues por quién?

LEONOR. Yo la sentia,

querida Laura, por ti.

LAURA. ¿Por mí?

LEONOR. Una trama infernal
formaron contra tu amor
la princesa y tu tutor.

LAURA. ¿El Almirante?

LEONOR. Si tal.

LAURA. Habla.

LEONOR. La Princesa adora
á don Alvaro.

LAURA. ¿Y su amante
es Alvaro?

LEONOR. No. Constante
te es, y su pasion ignora.

LAURA. ¡Ay!

LEONOR. Ella desesperada
quiere, con dañado intento,
impedir tu casamiento.

LAURA. ¡Ahora sí soy desgraciada!

LEONOR. Desecha todo temor
y lágrimas no derrames;

porque sus tramas infames
combatiremos.

LAURA. ¡Leonor!

LEONOR. Adoras y eres amada.

Desecha todo recelo.

LAURA. Soy duquesa del Castelo.

LEONOR. ¿Cómo?

ENRIQUE. ¡Laura!

LAURA. Estoy casada.

LEONOR. ¿Qué dices?

ENRIQUE. Vana quimera.

LAURA. No: el llanto que me sofoca
lo prueba bien.

LEONOR. ¡Estás loca?

LAURA. ¡Ojalá que lo estuviera!

Mi corazon muere; arde,
llega tu mano, mi frente...

ESCENA XIX.

LAURA.—ENRIQUE.—LEONOR.—DON ALVARO, *en la puerta
de la izquierda.*

ENRIQUE. (*Señalándolo.*)

Alvaro.

LAURA. (*A don Alvaro.*)

¡Eres inocente!...

ALVARO. Lo habeis conocido tarde.

(*Cruzando hácia el foro. Enrique va al encuen-
tro de don Alvaro, y Leonor sostiene á Laura.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La decoracion del anterior.

ESCENA PRIMERA.

EL MARQUÉS DE LOUVILLE.—DUVAL.

- MARQ. Por tus servicios, Duval,
harto merecido tienes
que nuestro rey Luis Catorce,
con mano franca te premie.
- DUVAL. Obedezco sus mandatos
como soberanas leyes,
y, como suyos, los vuestros,
señor Marqués, cumplo siempre.
- MARQ. Preciso es que la Princesa
nuestros tratos no sospeche,
y mucho debes guardarte,
porque á los dos nos conviene.
Me has dicho que con recato,
durante un mes, varias veces
ha tenido conferencias
con el Almirante, y debes,
hoy mas que nunca, avisarme
cuando juntos los encuentres.
Cuantas palabras les oigas
me trasmitirás fielmente,

cuidando que todas ellas
en tu memoria se queden.
En cuanto á ti, mil doblones
me manda el Rey que te entregue,
de su real munificencia
don provisional y leve.
Ahora retírate.

DUVAL.

Soy
fiel, señor, y obediente:
(*Se vá por el foro.*)

ESCENA II.

EL MARQUÉS DE LOUVILLE.

Princesa de los Ursinos,
astutos lazos me tiendes,
pero tengo confianza
en que caerás en mis redes.
Mucho con la Maintenon
vales, y ella mucho puede,
pero el Rey desconfiado
es, y trabajo hábilmente.
Con él me desacreditas,
y aquí tu amistad me vendes;
luchemos con decision,
pues me considero fuerte.
El oro del Rey me gana
parciales entre tus gentes,
y un auxiliar poderoso
pienso hallar para vencerte.
¿A los cincuenta y tres años
con amores te entretienes?
Bien; yo haré que esos amores
caros, muy caros te cuesten.

ESCENA III.

EL MARQUÉS DE LOUVILLE.—DON ALVARO, *por el foro,*
muy pálido y muy abatido.

ALVARO. Señor Marqués de Louville,
he recibido un billete
vuestro, que en el sobrescrito
lleva la palabra *urgente*.
Me citais para palacio,
Marqués...

MARQ. ¿Y venis á verme?

ALVARO. Sí.

MARQ. Tanto mas lo agradezco,
porque estais enfermo y débil.

ALVARO. Mi enfermedad me ha impedido
reunirme con los valientes,
que en las llanuras de Italia
la causa del Rey defienden.
Y mucho affige á un soldado
que lo detenga la fiebre
moribundo, cuando hay guerra
en donde buscar la muerte.

MARQ. Confieso que es muy honroso
morir ceñida la frente,
en los campos de batalla,
de mil sangrientos laureles;
pero tambien en la córte
hay ocasiones solemnes
en las que puede un soldado
servir al Rey noblemente.
Y que la razon me sobra,
don Alvaro, se comprende,
pues ahora os llamo en servicio
del Rey.

ALVARO. ¿De cuál de los reyes?

MARQ. De Felipe Quinto.

ALVARO. Entonces
dispuesto estoy á ofrecerle,
con la sangre que me queda

el valor que me sostiene.
MARQ. Porque lo sé os he llamado,
y os hablaré francamente.
Hay enemigos leales,
que su noble sangre vierten
defendiendo al Archiduque
con la espada honrosamente;
y hay enemigos traidores,
que por amigos se venden,
ocultándose en las sombras
como rastreras serpientes.
Cerca del Rey don Felipe
solicitan sus mercedes,
y con el opuesto bando
correspondencia mantienen.

ALVARO. ¿Los conoceis?

MARQ. Los conozco.

ALVARO. ¿Pues entonces qué os detiene
para denunciar sus nombres?

MARQ. El temor de que no preste
el gobierno á mi denuncia
el crédito que merece.
Soy francés, los españoles,
por punto general, creen
que aspiramos á regir
sus destinos los franceses;
y si de grandes de España
denuncio nombres, creedme,
dirán que yo los abato
para que los míos medren.

ALVARO. ¿Y buscáis un delator
en mí, Marqués?

MARQ. Impaciente
sois, y os juro que habeis hecho
suposicion que me ofende.
Busco en vos un español,
que por su monarca vele.
Yo sé que sois un soldado
pudonoroso y valiente;
sé que sois á don Felipe
el mas fiel entre los fieles;
y que sostendreis su causa
aunque mil vidas os cueste.

Sé que, si yo os digo nombres,
sabreis callarlos prudente
hasta que algun documento
su negra deslealtad pruebe.

ALVARO. Sus nombres.

MARQ. La que conspira
mas y mas pérfidamente,
don Alvaro, es la Princesa
de los Ursinos.

ALVARO. Su suerte
está unida á los monarcas,
cuya autoridad ejerce.

MARQ. Don Alvaro, por lo mismo
mas su perfidia sorprende:
pero es una aventurera
ilustre, de esas mujeres,
cuya ambicion á medida
que se satisface, crece.
Con su auxilio el Almirante
conjuraciones mantiene,
y es el Duque del Castelo
de ambos cómplice y agente.

ALVARO. Lo dudo.

MARQ. ¿Vuestros amigos
son?

ALVARO. No; pero aunque lo fuesen,
no hay amistad que me impida
castigar á los rebeldes.
¿Qué mas quereis de mí?

MARQ. Nada.

Hago lo que me concierne;
haced lo que la lealtad,
don Alvaro, os aconseje.
Voy á ver la Reina.

ALVARO. Adios.

MARQ. Dios en vuestra guarda quede.

ESCENA IV.

DON ALVARO.

Mis enemigos los tres
son, y conspiran con saña
los tres contra el Rey de España...
esto me ha dicho el Marqués.
Su loca temeridad
quiere derrocar un trono...
Que los persiga mi encono
me aconseja mi lealtad.
Apelando á mi nobleza
armas presta á mi pasión...
Si está herido el corazón
vale poco la cabeza.
Y mi corazón está
tan desangrado y herido,
que en vano fuerzas le pido
para sostenerme ya.
(*Apoyándose en el respaldo de un sillón.*)
Halagós á mi ambición
dan, desgastada ó dormida...
¡Ay! por qué no le dan vida
á mi pobre corazón.
Aquí vi la vez postrera
á Laura; un mes ha pasado...
No; que su imagen ha estado
un mes en mi cabecera.
Y en mis horas de dolor,
y en mis noches de agonía,
la gritaba: «¡Laura mía,
dame, vuélveme tu amor!»
(*Señalando varios lugares.*)
Aquí estaba; no, no, allí.
Inmóvil, pálida, yerta...
Yo estaba en aquella puerta,
y, al verla, retrocedí.
Recuerdo... mi frente arde...
que dijo: «Eres inocente.»

Yo respondí tristemente...
„Lo habeis conocido tarde.”
Y estas palabras de llama,
fijas en mi pensamiento,
han servido de alimento
á la fiebre que me inflama.
En un mes de desventura
tanto las he repetido,
que son un eco á mi oído...
Un eco que siempre dura.
Aquí resuenan... Ahora
las oigo mas claras, si...
Yo no puedo estar aquí...
(*Quiere irse.*)

ESCENA V.

DON ALVARO.—LAURA *por' el foro, tambien pálida y abatida.*

LAURA. ¡Alvaro!

ALVARO. ¡Laura!... Señora...
(*Pausa.*)

LAURA. Que me perdoneis os ruego.

ALVARO. Aquí os dejé, y ha pasado
un mes. ¿No es cierto?

LAURA. He llorado
un mes lágrimas de fuego.

ALVARO. ¿De esas lágrimas que van
quemando como centellas!...

LAURA. Miradme: sus hondas huellas
en mis mejillas están.

Tambien en las vuestras veo
las señales del martirio.

ALVARO. Señora, un mes de delirio
destruye mucho.

LAURA. Lo creo.

Es una punzante espina
su fija, fatal idea,
el pensamiento pelea,
y este combate asesina.

ALVARO. Cuando la mente no vé
ningun bien, cuando no alcanza
ni la luz de la esperanza,
se sufre mucho.

LAURA. Lo sé.

ALVARO. La memoria se convierte
en un cáncer, hiel destila,
y corroe, y aniquila
hasta que causa la muerte.
¿No es cierto, señora?

LAURA. Si.

ALVARO. ¡Ay! cuanto daño me ha hecho
esa hiel... hierve en mi pecho.
Hierve...

LAURA. (*La mano sobre el corazon.*)
Tambien hierve aqui.

ALVARO. Habreis sufrido, quizás,
el tormento que he sufrido?

LAURA. Mucho, mucho he padecido.

ALVARO. ¿Tanto como yo?

LAURA. Y aun mas.

ALVARO. ¿Aun mas!... Estais engañada.
Martirio tan inclemente
me han dado, y soy inocente.

LAURA. Por eso soy mas culpada.
Por eso en vuestra presencia
me abruma el enorme peso
de mi dolor, y confieso
mi error y vuestra inocencia.
Por eso mi confusion
os venga de mi extravio.
Por eso os pido...

ALVARO. (¡Dios mio!)

LAURA. Un generoso perdon.
Callais... ¿Me guardais encono?
Mirad que os hablo con miedo.
¿No me respondeis?

ALVARO. No puedo.

LAURA. Perdonadme.

ALVARO. Sí, os perdono.

LAURA. (*Dando un paso de retirada.*)
Gracias. Ya puedo morir.

ALVARO. ¡Laura!

LAURA. Me encanta esta idea!
¡Cuánto la muerte recrea
después de tanto sufrir!
Ya de su ramo letal
la dulce impresión espero.

ALVARO. ¡Morir vos!

LAURA. Sí.

ALVARO. No; no quiero.

LAURA. Haceis, don Alvaro mal.
Ya nada tiene la vida
guardado para los dos.

ALVARO. Nos guarda...

LAURA. *(Con solemnidad y queriendo retirarse.)*
El último adiós
de una eterna despedida.

ALVARO. *(Deteniéndola.)*
¡Laura!

LAURA. Dejádme marchar.

ALVARO. ¡Para siempre separarnos!

LAURA. No podemos consolarnos.
(En Laura y Alvaro hay conato de llorar sin poder conseguirlo.)

ALVARO. Pero podemos llorar.
Dejad el llanto correr,
que, en tan desdichada hora,
el llorar juntos, señora,
será el último placer.
¡No llorais?... Llorad... El llanto
dulcifica los enojos.

LAURA. Lágrimas no hay ya en mis ojos.
He llorado tanto; tanto...
Yo quiero llorar... Yo quiero...
Yo lo necesito... sí...
Mas no puedo... están aquí
(La mano sobre el corazón.)
mis lágrimas y me muero.
Por arrancarlas porfío;
pero tan hondas están,
que no lo logra mi afán...
¡Una lágrima, Dios mío!
¿Tampoco vos llorais?

ALVARO. No.
Y mi frente está cargada

de lágrimas; pero nada,
y me ahogo.

LAURA. Como yo.
Y el llanto nos está bien
pues somos muy desgraciados.
Viviremos separados.

ALVARO. Y moriremos también.
Yo solo, en eterno olvido.

LAURA. Yo peor, acompañada,
Eternamente guardada
por un hombre aborrecido.

ALVARO. ¡Laura!

LAURA. Me pedirá amor.

ALVARO. ¡Eso es horrible!

LAURA. Lo sé.

Mas yo le responderé
con mi lúgubre dolor.
Acrecentará mis duelos,
aumentará mi amargura,
si me quiere, su ternura.

ALVARO. Callad, callad... ¡tengo celos!

LAURA. ¡Celos...! ¿De qué?... Mi desvio
enfado le causará.

ALVARO. No importa.

LAURA. ¿Por qué?

ALVARO. Estará
á vuestro lado.

LAURA. ¡Dios mio!

ALVARO. Y si su ternura es tanta,
quizás alcance por suerte...

LAURA. Callad... No veis que á la muerte
camino con firme planta.
Solo llevaré su nombre
á la tumba que me espera.

ALVARO. Estará á la cabecera
de vuestro lecho ese hombre.

LAURA. Yo separaré mis ojos
dél.

ALVARO. ¡Y yo, que haré entre tanto...!

LAURA. ¡Alvarol... Ya asoma el llanto
entre mis párpados rojos.
(Llorando.)
¡Ay! ¡Ay!

ALVARO. Dejadlo correr.

LAURA. Sí, sí; ya corre.

ALVARO. Señora,
tambien lloro.

LAURA. Lloro, llora...

Qué consuelo!..

ALVARO. Qué placer!

ESCENA VI.

DON ALVARO.—LAURA.—LA PRINCESA DE LOS URSINOS,
por la izquierda.

PRINC. Mi presencia perdonad.
Don Alvaro, yo os creía
en el lecho todavía,
siguiendo la enfermedad.
Pero, si os hallais mejor,
por ello me felicito,
y una y mil veces repito
mis parabienes, señor.
¿Vos no os alegráis, Duquesa
de verlo tan mejorado?
Parece que habeis llorado.

LAURA. Yo nunca lloro, Princesa.

PRINC. Lo mismo me pasa á mí.

(*A don Alvaro.*)

¿Me direis vos otro tanto,
ó quedan huellas del llanto
en vuestras megillas?

ALVARO. Sí.

PRINC. Permitidme que me asombre.

ALVARO. ¿De qué os admiráis, señora?

PRINC. De una mujer que no llora,
y de ver llorar á un hombre.
Esto causa admiracion.

LAURA. Tambien la causa, Princesa,
que proceda de vos esa
compasiva observacion.

PRINC. No hay nada mas natural.

LAURA. ¡Oh! sois vos muy compasiva.

PRINC. Y vos demasiado esquivá
con vuestra amiga leal.
Por vos mucho me intereso,
por don Alvaro también:
y vuestro comun desden
me sorprende, lo confieso.

(A Laura.)

Yo estando en vuestro lugar,
Duquesa, procuraría
dar muestras de cortesía
á quien os puede dañar:
cambiando ese proceder
tan altivo y tan extraño.

LAURA. Me habeis hecho todo el daño
ya que me podeis hacer.

PRINC. ¡Sí? Podeis tener razon.
Mas don Alvaro, quizá,
distinta opinion tendrá.

ALVARO. Tengo la misma opinion.

PRINC. ¿Por vos?

ALVARO. Por los dos.

PRINC. Ahora

he quedado convencida.

Muy bien.

ALVARO. ¡Basta, por mi vida!

PRINC. ¡Manrique!

ALVARO. ¡Basta, señora!

PRINC. Con tan destemplado acento...

ALVARO. Respondo á vuestro sarcasmo.

PRINC. Rudo sois.

ALVARO. Sí.

PRINC. No me pasmo,
que aun estais calenturiento.
Olvidé la enfermedad
que vuestro cerebro abrasa.
Retiraos, y en vuestra casa
despacio reflexionad.

ALVARO. No quiero mas reflexion.

LAURA. Os lo ruega la Princesa:
retiraos.

PRINC. Gracias, Duquesa,
por tan pronta intervencion.

ESCENA VII.

DON ALVARO.—LAURA.—LA PRINCESA DE LOS URSINOS.—
ENRIQUE, *por el foro.*

ENRIQUE. Alvaro.

ALVARO. ¿Qué?

PRINC. Capitan.

ENRIQUE. Princesa.

(A don Alvaro.)

(Vente al instante.)

PRINC. *(A Enrique.)*

Revela vuestro semblante
cierta inquietud, cierto afán.

ENRIQUE. No por cierto. *(Alvaro, vente.)*

PRINC. ¿Es así?

ENRIQUE. Como lo digo.

Vengo en busca de mi amigo,
porque está convaleciente.

(A don Alvaro.)

Vamos.

ALVARO. Déjame.

ENRIQUE. No, ven.

(A don Alvaro.)

(Tengo que hablarte y ahora.)

LAURA. Don Alvaro, adios.

ALVARO. *(A Laura.)*

Señora.

(Enrique se lo lleva por el foro.)

PRINC. Don Alvaro, adios tambien.

ESCENA VIII.

LAURA.—LA PRINCESA DE LOS URSINOS.

LAURA. *(Clavando en ella una mirada altiva.)*

Seguid, Princesa, seguid.

PRINC. Veo con verdadero asombro,

que ha cambiado de espresion
vuestro acento y vuestro rostro.
LAURA. Sí, Princesa; hace un momento
que, con sarcástico embozo,
me provocábais, y ahora
yo francamente os provooco.

PRINC. La presencia de don Alvaro
puso freno á vuestro enojo...

LAURA. Y, solas las dos, le busco
conveniente desahogo.
Que entre los tres muy difícil
era el debate, es notorio,
y por eso con mas saña
lo empeñásteis, os conozco:
Ya, frente á frente las dos,
queda el campo igual en todo,
aunque, igualándoos á mí,
debeis comprender que os honro.

PRINC. ¡Duquesa!

LAURA. Dejad á un lado
méritos, que importan poco,
y alzad, si podeis, el guante
que, altiva siempre, os arrojo.
Repetid las amenazas
ó consejos, que con tono
compasivo, aunque insultante,
nos hicisteis á uno y otro.
Yo por los dos hablaré,
y pienso hacerlo de modo
que bajeis una y mil veces
avergonzada los ojos.

PRINC. Delirando estais, Duquesa,
y á vuestra fiebre perdono
ofensas que no me irritan,
que compadecida oigo.

LAURA. He obrado con fiebre, ya
con entera razon obro.

PRINC. Habreis olvidado entonces
que teneis, Laura, un esposo?

LAURA. Ana Maria, recuerdo
un funesto matrimonio,
por vuestra mano formado
y por vuestra mano roto.

PRINC. En lo primero convengo,
á lo segundo me opongo.
Cierto es que se alejó apenas
consagrado el desposorio...

LAURA. Bien que, por venir de vos,
me hizo daño.

PRINC. Pero pronto
lo tendreis á vuestro lado,
Duquesa, y vendrá celoso.
Que venga, pues.

LAURA. Si le digo...

PRINC. ¿Qué podeis decirle?

PRINC. Cómo
os he sorprendido aquí;
que viene á ser un estorbo
para que siga don Alvaro
en sus amantes coloquios...

LAURA. En sus angustias mortales,
dijerais mejor.

PRINC. Supongo
que en ellas saldrán al labio
pensamientos amorosos,
y mal recibirá el Duque
esos amantes propósitos.

LAURA. Pues bien, Princesa, salid
á su encuentro; que están rojos
mis párpados de llorar,
decidle; que tierna adoro
á Lara, no se lo he dicho
á él, á vos sí; que soporto
el peso de mi cadena,
mas dura por ser de oro,
con impaciencia, que ya
no admiten yugo mis hombros,
y que solo puede haber
luto y muerte entre nosotros.
Referídselo, Princesa,
y una esplicacion me ahorro;
porque yo no he de mentirle
un amor que no atesoro.
Decidle tambien que vos,
usando un ardid diabólico,
habeis ligado su suerte

á la mia, que mis votos
son nulos, porque la astucia
los arrancó, y que tan solo
puede alegar el derecho
de una vil trama en su abono.
Añadidle, que de un claustro
al retiro me acomodo;
pero que nunca á mi boca
le pida el conyugal ósculo.
Esto para el Duque. A vos
ya ni os temo, ni aun os odio.
Os temía y os odiaba
cuando un error, que deploro,
me hizo pensar que don Alvaro
os adoraba; que en torno
vuestro era un manto su amor
tan radiante, tan hermoso,
que de vuestra vida entera
dejaba oculto el oprobio.
Pero ya sé que don Alvaro
parte contra vos mi odio,
que nunca os amó, que nunca
su corazon generoso
faltó á su lealtad, llegándose
á ese corazon de lodo...

PRINC.

¡Duquesa!

LAURA.

Y ahora os desprecio,
pues no mereceis mi enojo.
(*Marchándose.*)

PRINC.

Esperad.

LAURA.

Atrás. Reptiles
piso, pero no los toco.
(*Se va por la izquierda.*)

ESCENA IX.

LA PRINCESA DE LOS URSINOS.

Me cree postrada en suelo...
reptil se atreve á llamarme...
Ha conseguido irritarme

la Duquesa del Castelo.

Y aunque á lidiar se adelanta
con esfuerzo varonil,
pronto sentirá el reptil
enroscado á su garganta.

Pero haré mal si me irrito
en tan propicia ocasion;
calma y muy mala intencion
es lo que yo necesito.

Bastante daño la he hecho,
y su cólera no estraño;
mas, por Dios, que hasta hoy su daño
no ha cedido en mi provecho.

Esto no me satisface;
buscaré nuevo resorte;
preciso es que el mal reporte
algun bien á quien lo hace.

Es muy difícil la empresa
en el caso en que me hallo.
Sin esperanza batallo;
pero lidiaré...

ESCENA X.

LA PRINCESA DE LOS URSINOS.—EL ALMIRANTE *por el foro*.

ALMIR. Princesa!

PRINC. Almirante, el cielo os guarde.

ALMIR. Se ha cumplido mi deseo,
señora, pues sola os veo.

PRINC. Habeis llegado algo tarde.

ALMIR. ¿Tarde, Princesa?

PRINC. Es muy llano;
pues, señor, hace un instante,
aquí Laura con su amante
conversaba mano á mano.

ALMIR. ¿Don Alvaró estaba aquí?

PRINC. Un tanto restablecido.

ALMIR. ¿Vos lo habeis visto?

PRINC. Y oído.

ALMIR. ¿Y estaba con Laura?

PRINC. Sí.

ALMIR. Se han hablado. ¡Ira de Dios!

PRINC. Despues que se marchó Lara,
una escena un poco rara
ha pasado entre las dos.
Pero no es del caso ahora
tratar de lo que ella sabe
y yo: una noticia grave
tengo que daros.

ALMIR. ¡Señora!

PRINC. El Rey se acerca á Madrid.

ALMIR. Aun tardará.

PRINC. No. Lo espero
muy pronto; Portocarrero
me ha hablado de ello.

ALMIR. Decid.

PRINC. Se ha empeñado el Cardenal,
y esto es justo que os importe,
en que salgais de la corte.

ALMIR. Antes que entre el Rey?

PRINC. Sí tal.

ALMIR. ¿Habreis resistido?...

PRINC. A fé
que, cumpliéndooos lo ofrecido,
bravamente he resistido.

ALMIR. ¿Y desiste?

PRINC. No lo sé.

ALMIR. No he de salir.

PRINC. En verdad
que con desaliento lucho,
pues me compromete mucho,
señor, nuestra intimidad.
(*El Duque al foro.*)

ALMIR. A vuestra amistad apelo,
y que me sirvais es ley,
porque vendrá con el Rey...

PRINC. ¿Quién?

ALMIR. El Duque del Castelo.

PRINC. ¿Os causa el Duque cuidado?

ALMIR. Su venida me desvela.

PRINC. ¿De vos el Duque recela?

ALMIR. Sí; y cuando llegue...

ESCENA XI.

LA PRINCESA DE LOS URSINOS.—EL ALMIRANTE.—EL DUQUE
DEL CASTELO.

DUQUE. Ha llegado.

ALMIR. ¿Nos oísteis?

DUQUE. Sí, por Dios.
Llegué en hora tan propicia
que podré hacerme justicia...

PRINC. ¿Del Almirante?

DUQUE. Y de vos.

PRINC. ¿De mí?

DUQUE. Compañera fiel
le habeis sido en un mal lance,
y es muy justo que os alcance
cuanto intente contra él.

ALMIR. No os comprendo.

PRINC. Yo tampoco.

DUQUE. Se ha roto mi fatal venda,
y haré que se me comprenda.

ALMIR. Ciego estais ó volveis loco.

DUQUE. Sé que vuelvo decidido
á vengarme desde luego.

ALMIR. Repito que volveis ciego.

DUQUE. Yo sé que vuelvo ofendido.

ALMIR. Vuestras cartas amistad
me juraban.

DUQUE. Tendí un lazo,
dísteis en él, y hoy el plazo
que me impuse cumple.

PRINC. Hablad.

DUQUE. Lo haré. La mano os pedí
de Laura con vivo anhelo.

ALMIR. Y yo, Duque del Castelo,
su mano os entregué.

DUQUE. Sí.

Pero, cuando del altar
llegué aquí con la Duquesa,
vos me entregásteis, Princesa,
un pliego muy singular:
mandándome que al instante

- PRINC. vos, tres citas por escrito.
 DUQUE. Esos billetes... Favor
 le ofrecen y vuestra ayuda:
 y comprendereis sin duda,
 que tienen un gran valor.
 Para animar los parciales
 del Archiduque, á un amigo...
 PRINC. Proseguid, Duque.
 DUQUE. Prosigo.
 Se dieron, como señales
 de que vos, con interés
 por él trabajábais.
 PRINC. (Cielo!)
 ¿Y están, Duque del Castelo,
 en vuestras manos?
 DUQUE. Las tres.
 PRIN. ¡Ah!
 DUQUE. Fuertes mis armas son,
 y grande vuestra agonía.
 ALMIR. ¿Y las guardais?
 DUQUE. Sí; á fé mia.
 ALMIR. ¿Dónde?
 DUQUE. Sobre el corazon.
 PRINC. Rompedlas.
 DUQUE. Las verá el Rey;
 para él las tengo guardadas.
 PRINC. Duque, usais armas vedadas.
 DUQUE. ¿Las usais de buena ley?
 PRINC. Señor...
 ALMIR. Inútiles son
 las súplicas, vano el ruego.
 Esas cartas tendrá luego...
 DUQUE. Quien me arranque el corazon.
 ALMIR. Adivinásteis mi idea.
 DUQUE. ¿Me lo arrancareis vos?
 ALMIR. Sí.
 DUQUE. ¿Dentro de palacio?
 ALMIR. Aquí,
 si os place mas que aquí sea.
 (Poniendo mano á la espada.)
 PRINC. Teneos.
 DUQUE. Desprecio ese alarde

de valor y me prometo
triunfar sin reñir.

ALMIR.

Mi reto

vos no admitís de cobarde.

DUQUE.

¡Cobarde yo!

ALMIR.

Pues reñid.

DUQUE.

Reñiré, para probaros
que necesito mataros
yo mismo. Vamos.

ALMIR.

Venid.

ESCENA XIII.

LA PRINCESA DE LOS URSINOS.—EL ALMIRANTE.—EL DUQUE
DEL CASTELO.—EL MARQUES DE LOUVILLE, *en la puerta
de la izquierda.*—DON ALVARO, *en la del foro.*

PRINC.

(Intentando detenerlos.)

¡A dónde vais de esa suerte?

ALMIR.

(Adelantándose hacia el foro.)

A arrancarle de su herida
esas cartas con la vida.

DUQUE.

A vengarme con su muerte.

PRINC.

(Siguiéndolos.)

Deleneos.

DUQUE.

Juez será Dios.

PRINC.

(Viendo al Marqués que la detiene.)

¡Ah!

ALVARO.

(Cerrándoles un momento el paso.)

Os serviré de testigo.

Despues reñirá conmigo

el que viva de los dos.

*(El Duque y el Almirante salen por el foro, se-
guidos de don Alvaro: la Princesa queda ater-
rada junto al Marqués que la detiene.)*

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Una cámara de palacio con galería al fondo y dos puertas colaterales. Una lámpara alumbra la cámara, y la galería está completamente oscura.

ESCENA PRIMERA.

DON ALVARO.—EL ALMIRANTE.—EL DUQUE DEL CASTELO, cruzan la galería, dirigiéndose hacia su fondo. Casi al mismo tiempo se presentan por la puerta de la izquierda, LA PRINCESA DE LOS URSINOS.—EL MARQUÉS DE LOUVILLE.—Los tres primeros personajes desaparecen, y los segundos se detienen.

MARQ. Al fin, Princesa, muy pronto hemos llegado, y presumo que no deben estar lejos los combatientes.

PRINC. Tres bultos al fin de la galería se distinguen.

MARQ. Los descubro á la escasa luz que presta el vespertino crepúsculo.

PRINC. Podemos seguirlos.

MARQ. No.

Los testigos importunos son, cuando gente de espada

quiere zanjar sus asuntos.
En esa estancia una puerta
(*Señalando la de la derecha.*)
hay, que dá al exterior muro,
y vos teneis una llave.
¿Lo sabéis, Marqués?

PRINC.
MARQ.

Sé mucho.

Por esa puerta podremos
llegar á lo mas oculto
del bosque, aun antes que quede
uno de los tres difunto.

PRINC.

Y si el Rey llega entre tanto,
noble Marqués, ¿será justo
que no nos encuentre?...

MARQ.

Poco

tardaremos; lo aseguro.
Vamos pues, y no perdamos
el tiempo en vanos discursos.
(*Se ván por la puerta de la derecha.*)

ESCENA II.

ENRIQUE, *por la izquierda de la galería.*

No está Laura. ¡Ira de Dios!
Ya me causa este confuso
laberinto, y, sin embargo,
una y mil veces lo cruzo.
¿Qué he de hacer? Mi pobre amigo
está enfermo y con un nudo
á la garganta, que ahogan
tantos y tales disgustos.
En las pálidas megillas
de Laura el llanto abre sulcos,
y los dos perdidas naves
son sin brújula ni rumbo.
Esa maldita Princesa
los sorprendió, y en su rudo
enojo es capaz de hacerles
cuanto mal pueda en el mundo,
uniendo al del Almirante

su muy poderoso influjo.
Apuesto á que los dos pajes
han tramado de consuno
algún plan contra don Alvaro
y la Duquesa. Son duchos;
pero si limpio no juegan,
yo también jugaré sucio;
y habrá la de Dios es Cristo
si logro lo que procuro.

ESCENA III.

ENRIQUE.—LEONOR, *por la derecha de la galería.*

LEONOR. ¡Enrique!

ENRIQUE. ¡Leonor! ¿Qué traes?

LEONOR. Te buscaba.

ENRIQUE. Mas á punto
no has podido hallarme. Habla.

LEONOR. ¿Nos oirán?

ENRIQUE. No.

LEONOR. Oye.

ENRIQUE. Te escucho.

LEONOR. Al volver de los jardines.
he visto caminar juntos
á tres hombres, que marchaban
del bosque á lo mas oscuro.
Marchaba el Duque el primero,
el Almirante el segundo,
y, erguida la altiva frente,
en pos de ellos, con orgullo
iba don Alvaro.

ENRIQUE. Sigue.

LEONOR. Los robaron los arbustos
á mi vista.

ENRIQUE. ¿Y no cambiaron
palabras...

LEONOR. No; ni el murmullo
de la brisa interrumpia
aquel silencio profundo.

ENRIQUE. Don Alvaro, el Almirante

y el Duque... Dos contra uno.
Es desigual la partida.
Bien has hecho, Leonor; juro
á Dios, que seremos cuatro;
dos contra dos, que es lo justo.
(*Se vá, precipitadamente por la galería de la derecha.*)

ESCENA IV.

LEONOR.

Enrique... Pero hace bien en marcharse; no le sigo: debe morir con su amigo dándole auxilio y sosten. No será yo quien le impida hacer prueba de lealtad; es sagrada la amistad y un pérfido quien la olvida. Haga alarde de valor y de acrisolada fé. ¡Laura aquí! ¿Qué la diré? Nada del lance.

ESCENA V.

LEONOR.—LAURA, *por la puerta de la izquierda.*

LAURA. ¡Leonor!
LEONOR. ¡Laura querida!
LAURA. Tú aquí
tan sola.
LEONOR. Sí, Laura mía.
LAURA. Leonor, en busca venía...
LEONOR. ¿De quién?
LAURA. De tu Enrique.
LEONOR. ¿Sí?
LAURA. Me dijo con gran misterio,

al encontrarnos: «Al punto
»os quiere hablar de un asunto
»muy importante y muy sério.»
Y, buscando del tropel
palaciego la distancia,
me ha señalado esta estancia.

LEONOR. ¿Y vienes á hablar con él?

LAURA. Sí. ¿Te causa pena?

LEONOR. No.

LAURA. Pareces turbada ó triste.

LEONOR. ¿Que quiere hablarte, dijiste?

LAURA. ¿Sabes tú el motivo?

LEONOR. Yo...

LAURA. Mas confusa y mas turbada
estás.

LEONOR. Te engañas.

LAURA. ¿Me engaño?

No, Leonor; algo de extraño
sabes; no me ocultes nada.

Mas aumentas mi recelo
callando. ¿Algo que me importe
sabes? Habla.

LEONOR. Está en la corte...

LAURA. ¿Quién?

LEONOR. El Duque del Castelo.

LAURA. ¡El Duque!

LEONOR. Laura, tu faz
muestra el espanto.

LAURA. Creia
morir en paz, Leonor mía,
y viene á turbar mi paz.
Mi ilusion rosa de Abril
fué, que corta vida alcanza.
Adios, última esperanza,
perdida, como otras mil.

LEONOR. Animo.

LAURA. Cansada estoy
de luchar, y mucho abate
para mañana un combate
esperar, lidiando hoy.
Esta continua ansiedad
es implacable verdugo.
Mi cuello se rinde al yugo,

se dobla mi voluntad.
LEONOR. Mortal desaliento.
LAURA. Si.
LEONOR. Cambia la suerte inconstante.
LAURA. La mía es firme.

ESCENA VI.

LEONOR.—LAURA.—EL ALMIRANTE, *por la puerta de la derecha, acabando de envainar la espada y dando muestras de agitacion.*

LEONOR. El Almirante!
LAURA. Que venga.
ALMIR. (¿Qué harán aquí?
Mucho me estorban.)
LAURA. Señor.
ALMIR. (Queriendo marcharse.)
Laura!
LAURA. Deteneos.
ALMIR. (¿Qué escucho!)
LAURA. Quiero hablaros, y urge mucho.
Déjame con mi tutor.
(A Leonor que se vá por la izquierda.)

ESCENA VII.

LAURA.—EL ALMIRANTE.

ALMIR. Ocasión mas oportuna
tendremos. Déjame.
LAURA. Fuera
perder la ocasión postrera
que me ofrece mi fortuna.
ALMIR. ¡Laura!
LAURA. Me hallais decidida.
Marchareis despues de oirme.
Muy dócil he sido, firme
seré una vez en mi vida.

- ALMIR. Me va la vida quizás
en salir de este aposento.
- LAURA. En que me oigais un momento
va mi reposo, que es más.
- ALMIR. Habla, Laura; mas te pido
que seas en extremo corta.
- LAURA. Eso á los dos nos importa,
y quedareis complacido:
Sabeis, lo mismo que yo,
quién ha causado mis males
con intrigas desleales...
(*Movimiento del Almirante.*)
no las repetiré, no.
Quejarme de lo pasado
de ningún modo consiente
lo horrible de lo presente;
tan lastimoso es mi estado.
Mas ya que vuestra ambición
me vendió, cual mercancía
vil, en muy aciago día...
- ALMIR. Laura, no tienes razón.
- LAURA. Hay valor en quien confiesa...
- ALMIR. Yo no puedo confesar...
- LAURA. Me vendisteis por ganar
el favor de la Princesa.
- ALMIR. No.
- LAURA. Sí. A don Alvaro loca
codiciaba.
- ALMIR. No te afanes.
Por qué secundé sus planes
vas á saber de mi boca.
Me presté á las arterias
que de recordarme acabas,
porque á don Alvaro amabas,
y al Duque...
- LAURA. ¿Qué..?
- ALMIR. Aborrecias.
- LAURA. No comprendo.
- ALMIR. Siempre yo
sorda y ciega te he encontrado.
- LAURA. Hablad, pues.
- ALMIR. Estoy casado.
- LAURA. ¿Y qué?

- ALMIR. ¿No comprendes?
LAURA. No.
ALMIR. Laura, niña á mi poder
viniste.
LAURA. Lo sé.
ALMIR. Y hermosa
y pura, como una rosa,
te he visto, Laura, crecer.
LAURA. Es verdad.
ALMIR. Muchos desvelos
pasé por ti.
LAURA. Sí, señor.
ALMIR. Bella, me inspiraste amor;
y amante, me diste celos.
LAURA. ¡Ah!
ALMIR. Don Alvaro es hermoso,
jóven; lo amabas...
LAURA. Y hoy día
lo idolatro.
ALMIR. No podía
entregarte á tal esposo.
LAURA. ¡Qué horror!
ALMIR. El Duque era anciano,
y lo aborrecias.
LAURA. Sí.
ALMIR. Por eso lo preferí,
por eso le di tu mano.
Porque, casada con él,
no tendria mi avaricia
de celoso una caricia
que envidiarle.
LAURA. Plan cruel.
ALMIR. Pero la celosa lid,
antes de verlo casado,
se renovó, y desterrado
salió el Duque de Madrid.
LAURA. Es verdad.
ALMIR. Laura, creciendo
fué el volcan que me devora.
¿Me comprendes bien ahora?
LAURA. Ahora todo lo comprendo.
ALMIR. ¿Te da lástima mi suerte?
LAURA. No.

- ALMIR. ¿Desprecias mi pasión?
 LAURA. Amores malditos son,
 que llevan en sí la muerte.
- ALMIR. ¿No me compadeces?
 LAURA. Nada.
 Odio y no mas aquí tengo.
- ALMIR. Me matas, Laura.
 LAURA. Me vengo.
 Me habeis hecho desgraciada.
- ALMIR. Odio para mí.
 LAURA. Y no mas.
- ALMIR. ¿Y para Lara?
 LAURA. Ternura.
- ALMIR. Tan horrible desventura...
 LAURA. La mereceis.
- ALMIR. *(Acercándose á Laura.)*
 Oye.
 LAURA. *(Dirigiéndose á la puerta de la izquierda.)*
 Atrás.
- ALMIR. Ibas á decirme...
 LAURA. Nada.
- ALMIR. Sabrás...
 LAURA. No quiero saber.
 Respetad á la mujer
 por vuestra mano casada.
- ALMIR. Me escucharás...
 LAURA. *(Acercándose mas á la puerta.)*
 No, ¡por Dios!
- ALMIR. Oyeme.
 LAURA. *(En la puerta.)*
 Atrás.
- ALMIR. Un instante.
 LAURA. Atrás repito.
(Vase.)

ESCENA VIII.

EL ALMIRANTE.—DON ALVARO, *por la galería de la derecha.*

- ALVARO. Almirante.
 Vamos á reñir los dos.
- ALMIR. ¿Aquí me buscáis?

- ALVARO. Aquí.
- ALMIR. Este recinto es sagrado.
- ALVARO. Vos no lo habeis respetado.
- ALMIR. ¿Pretendeis matarme?
- ALVARO. Sí.
- ALMIR. Ocasión tendremos, Lara.
- ALVARO. Digé, al servir de testigo,
que reñiría conmigo
aquel que vivo quedara.
Vuestro silencio admitió
la condicion de mi reto.
Yo cumplo lo que prometo.
- ALMIR. Lo que admito cumplo yo.
- ALVARO. El Duque bañado está
en su sangre; fugitivo
llegais aquí, pero vivo.
Reñir es fuerza.
- ALMIR. Será.
- ALVARO. Pero lo aplazo, y me fundo...
- ALVARO. ¿En que os dau serios cuidados
los papeles arrancados
del pecho del moribundo?
Cayó en tierra, y con afán
os lanzásteis de repente
á despojarlo.
- ALMIR. Ví gente,
y oí la voz del capitán.
Por esa razón hui.
- ALVARO. Abandonando por cierto
á un herido.
- ALMIR. Quedó muerto.
- ALVARO. No.
- ALMIR. ¿Lo acompañásteis?
- ALVARO. Sí.
- ALMIR. Por mortal tuve su herida;
pues saqué en sangre bañada
completamente mi espada.
- ALVARO. Pero le quedaba vida.
Mas no es esta la ocasión
de lamentar su destino.
Teneis espada, el camino
buscad de mi corazón.
Pues, lidiando á buena ley,

esos papeles, que os pesan,
quiero, porque me interesan.

ALMIR. ¿Para vos?

ALVARO. No; para el Rey.
Matadme pronto, y así
quedareis libre; pues nada
me detendrá. Está empeñada
mi palabra.

ALMIR. ¿A quién?

ESCENA IX.

EL ALMIRANTE.—DON ALVARO.—EL MARQUÉS DE LOUVILLE,
por la galería de la izquierda.

MARQ. A mí.

ALMIR. ¡Marqués de Louville!

MARQ. No es tiempo

de cambiar ágrias razones,
ni de blandir las espadas
con tal motivo, señores.

Las cartas, que el Almirante
de vos defiende y esconde,
no merecen disputadas
ser á muerte por dos hombres.

ALMIR. Esas cartas...

MARQ. No son vuestras.

ALVARO. ¿No son tuyas?

MARQ. Sus renglones

trazó una mano que sabe
tramar intrigas muy torpes.
Las escribió la Princesa
de los Ursinos.

ALMIR. Entonces

mintió el Duque.

MARQ. No mintió,

y respetemos su nombre.

ALMIR. (Sacando unas cartas.)

¿Pero estas cartas?...

MARQ. Miradlas.

ALMIR. No son las mías.

MARQ. Conformes
estamos.

ALMIR. ¡Marqués!

MARQ. Oídme.

Cuando llegamos del bosque
al lugar en que la tierra
empapaba sangre noble,
se separó del herido
un bulto.

ALVARO. Era yo.

MARQ. Sin voces
de dolor, pero en la angustia
de violentas convulsiones,
el Duque tendió su mano,
crispada por los dolores,
hacia una mujer, y en ella
apretaba un pliego: «Cómplice,
»la dijo, sois de un gran crimen;
»mas, si quereis que os perdonen,
»tomad y vengadme.»

ALMIR. ¿Y ella?

MARQ. Tomó el pliego con transportes
de júbilo, y respondió:
«Por esa sangre que corre
»de vuestro costado, juro
»vengaros.»

ALMIR. ¿Sí?

MARQ. Aunque la noche
cerraba ya, rompió el neta
para calmar sus temores.
Y mostrándome las cartas,
que examinamos con doble
ansiedad, me dijo: «Todas
»son del Almirante.» Un jóven
que llegó cuando nosotros,
la acompañó de mi órden
hasta palacio, y quedé
velando al Duque, que inmóvil,
por toda señal de vida
respiraba, y nuevos golpes
de sangre á cada suspiro
enrojecían las flores.
A darle auxilio llegó

gente, provista de hachones,
y, dejándolo en sus manos,
llegué á esta cámara, en donde
estábais prontos á dar
estocadas y mandobles.
¿Mudos quedais, caballeros?

ALVARO. Sí.

MARQ. Como estátuas de bronce.

¿Qué resolveis, Almirante?

ALVARO. Pensadlo, por lo que importe.

ALMIR. Resuelvo hacer lo que el Duque.

Tomad; estas cartas ponen

(Dándole al Marqués las cartas de la Princesa.)

en vuestras manos la suerte

de la Princesa; en la corte

sois poderoso, vengadme

y servid á Luis Catorce.

MARQ. Juro vengaros.

ALMIR. Si no

preciso será que os odie.

Espero ver mi venganza,

y no admite dilaciones.

(Se vá el Marqués por la galería de la izquierda.)

ESCENA X.

EL ALMIRANTE.—DON ALVARO.

ALVARO. Justo es que venganza pida
un moribundo, es muy llano;
mas vengarse por su mano
debe quien conserva vida.

ALMIR. ¿Es reconvencion?

ALVARO. Lo es.

Y ¡vive Dios! que me pesa
que os pierda á vos la Princesa
y á ella la pierda el Marqués.

ALMIR. Dueño de esas cartas vos,
¿qué hubiérais hecho?

ALVARO. Rasgarlas
mil veces, y no entregarlas;

que es mas noble, ¡vive Dios!
ALMIR. ¿Me insultais?

ALVARO. Mi parecer
me pedisteis y os lo he dado;
pues no debe un hombre honrado
dar cartas de una mujer.

ALMIR. ¡Don Alvaro!

ALVARO. Otra razon
os dejará satisfecho.
Vos sabeis que al Rey no ha hecho
vuestra cómplice traicion.

ALMIR. ¿Podeis afirmarlo?

ALVARO. Sí.

Os secundó la Princesa
en una nefanda empresa
contra Laura y contra mí.
Su ruin proceder la culpa,
mas del todo no la infama,
que siempre lleva una dama
en ser mujer su disculpa.
Pero la fama de un hombre,
con que una accion la deslustre
se pierde, y por muy ilustre,
os mancha mas vuestro nombre.
¡Nuevo ultrage!

ALMIR.

ALVARO.

Esa altivez
no quitará á cuanto digo
su fuerza; vuestro enemigo
no soy ya, soy vuestro juez.
Pensadlo una vez y mil,
y podrá ser que os convenza.
Armas dais para que venza
á la Princesa Louville.
Si del Marqués no son vanos
los esfuerzos, qué tendremos?
Si triunfa, ¿qué ganaremos
en ello los castellanos?
Se aumentará su arrogancia,
se mostrará mas altivo,
y será mas decisivo
el influjo de la Francia,
Nada ganaremos, pues.
Fuera noble y digna empresa

combatir á la Princesa
y derrocar al Marqués.
Defender en la campaña,
solos, del Rey la persona;
y decir que una corona
cñe porque quiere España.
Si esto, Almirante, leal
vos hubiérais intentado,
tendríais de vuestro lado
á este enemigo mortal.
¡Don Alvaro!

ALMIR.

ALVARO.

Hasta el amor
olvidara que arde aquí.
Lo primero, para mí,
es de mi patria el honor.

ALMIR.

Fuego patrio también arde
aquí; vuestro mano os pido.

ALVARO.

Traidor al Rey habeis sido.

ALMIR.

Lo defenderé.

ALVARO.

Ya es tarde.

ALMIR.

Con acendrada lealtad
esa mancha borraré.

ALVARO.

Desconfiará de quien fué
traidor.

ALMIR.

Mis obras...

ALVARO.

Callad.

ESCENA XI.

EL ALMIRANTE.—DON ALVARO.—LA PRINCESA DE LOS URSI-
NOS.—UN CAPITAN DE GUARDIAS DEL REY, *por la puerta
de la izquierda.*

PRINC.

(*Al Almirante.*)

Su Magestad en Madrid
acaba de entrar ahora.

ALMIR.

¿Y de su parte, señora,
venis en mi busca?

PRINC.

Oid.

Como merced señalada

os pide el Rey que al instante
marcheis, señor Almirante,
á cumplir vuestra embajada.
Y, para mayor honor,
el Capitan, que os espera,
de escolta hasta la frontera
servirá al embajador.
CAPIT. Son las órdenes del Rey.
ALMIR. ¿Órdenes precisas?
CAPIT. Sí.
Juntos saldremos de aquí;
pues la obediencia es mi ley.
ALMIR. Gracias, Princesa.
PRINC. Lo veo
con sentimiento profundo.
ALMIR. Vengado está el moribundo;
falta el vivo.
PRINC. No lo creo.
De vuestro daño me pesa.
ALMIR. Pero lo habeis hecho.
PRINC. Fué
preciso.
ALMIR. ¿Sí? Yo os daré
mal por mal.
PRINC. ¿Cómo?...

ESCENA XII.

EL ALMIRANTE.—DON ALVARO.—LA PRINCESA DE LOS UR-
SINOS.—EL CAPITAN.—ENRIQUE.—EL MARQUÉS DE LOU-
VILLE, *por la galería de la izquierda.*

MARQ. Princesa!
PRINC. Marqués.
MARQ. El Rey se ha informado
de lo mucho que habeis hecho,
durante un mes, en provecho
de su persona y su estado.
Y, en premio de la lealtad
que habeis mostrado, señora,
descanso os concede ahora

- benigno su Magestad.
PRINC. Desharé la intriga vil
que forja mano enemiga.
Veré al Rey, pese á la intriga.
MARQ. No quiere veros.
PRINC. ¡Louville!
MARQ. Cerrada hallareis su estancia.
PRINC. (*Dirigiéndose á la puerta de la izquierda.*)
Lo creeré cuando lo pruebe.
ENRIQUE. (*Interponiéndose.*)
Me ha mandado el Rey que os lleve
á la frontera de Francia.
PRINC. Apartaos.
ENRIQUE. Soy un soldado
y, sintiéndolo infinito,
lo que el mismo Rey ha escrito
cumpliré.
ALMIR. (*A la Princesa.*)
Ya estoy vengado.
MARQ. El monarca recibió
tres cartas, muy bien escritas,
dando tres preciosas citas.
PRINC. ¿Quién os las ha dado?
ALMIR. Yo.
PRINC. ¡Almirante!
ALMIR. Mal por mal
os devuelvo; es mi venganza.
PRINC. Así pagais mi alianza.
MARQ. Fué, Princesa, criminal.
(*Aparte á la Princesa.*)
No estrañeis su resultado,
que ha sido funesto error
confundir un loco amor
con los negocios de estado.
PRINC. (*Idem.*)
Es cierto.
ENRIQUE. (*A don Alvaro.*)
Su Magestad,
que admira tu bizarria,
un grato encargo confia
á mi acendrada amistad.
Cordialmente te saluda
y á Laura te otorga.

ALVARO. ¡Es cierto!
ENRIQUE. Sí, Alvaro.
ALVARO. ¡Y el Duque?
ENRIQUE. Ha muerto.
Allí tienes su viuda.

ESCENA XIII.

EL ALMIRANTE.—DON ALVARO.—LA PRINCESA DE LOS UR-
SINOS.—CAPITAN.—ENRIQUE.—EL MARQUÉS DE LOUVILLE.
LAURA.—LEONOR *por la puerta de la izquierda.*

ALVARO. ¡Laura!

LAURA. A mi esposo tributo
respeto. Murió. Sería
darle llanto hipocresía;
pero le daré mi luto.
Fué nuestro daño su daño,
y, justa con todos soy;
Alvaro, tu amante hoy,
tu esposa dentro de un año.
ALVARO. Si, Laura; en tu amor seguro
un año mas viviré
con la esperanza.

LAURA. Mi fé
sobre un cadáver te juro.

ALVARO. Con ella estoy satisfecho

ALMIR. Y yo quedo castigado.
Nuestras manos han cortado
los nudos que habíamos hecho.
Las armas de la traición
hieren á quien las maneja.
(*A don Alvaro.*)
Si aun conservais de mí queja,
heridme en el corazon.

ALVARO. No cabe en mi pecho encono,
pues lo llena la alegría.
Perdónalos, Laura mia.

LAURA. Alvaro, yo los perdono.

ALMIR. Gracias.

LAURA. (*A la Princesa.*)

Sin orgullo vano
cuando el dolor os fatiga,
os tiende una diestra amiga
la que nunca os dió su mano.

PRINC. (*Humillada.*)

Corazon grande y clemente
teneis, alma generosa.

LAURA. Princesa, quien es dichosa
perdona muy fácilmente.
Alvaro, con su grandeza
de alma, el ejemplo que sigo
me dió.

ALVARO. No, Laura; testigo
soy de tu franca nobleza.
Siento el daño de los dos,
y esta es mi sola venganza :
pero, á quien mal obra, alcanza
siempre la mano de Dios.

FIN.

GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Examinada por el Sr. Censor de turno y de conformidad con su
dictámen, puede representarse.

Madrid 19 de Enero de 1884.

Quinto.

EN UN ACTO.

Las avispas.
El Aguador y el Misántropo.
Acertar por carambola.]
El rey por fuerza.
Las obras de Quevedo.
Un protector del bello sexo.
No siempre lo bueno es bueno.
Huyendo del peregril.
El chal verde.
Como usted quiera.
Un año en quince minutos.
Un caballo!
El don del cielo.
La esperanza de la Patria, *los*
Alza y baja.
Cero y van dos.
Por poderes.
Una apuesta.
¿Cuál de los tres es el tío?

La eleccion de un diputado.
La banda de capitan.
Por un loro!
Simon Terranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al diablo.
Una ensalada de pollos.
Una Actriz.
Dos á dos.
El Tío Zaratan.
Los tres ramilletes.
El Corazon de un bandido.
Treinta dias despues.
Cenar á tambor batiente.
Las jorobas.
Los dos amigos y el dote.
Los dos compadres.
No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Percances de un apellido.

Clases Pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
Estrupicios del amor.
Mi media Naranja.
Un ente singular!
Juan el Perdío.
De casta le viene al galgo
[No hay felicidad completa!
El Vizconde Bartolo.
Otro perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor.
[Un bofetón... y soy dichosa!
El premio de la virtud.
Sombra, fantasma y muger.
Cuerpo y sombra.
Un Angel tutelar.
El turrón de noche-buena.
La Casa deshabitada.
Un Contrabando.
El Retratista.

ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS A TODA ORQUESTA.

La Estrella de Madrid.
Don Simplicio Bobadilla.
El duende.
El duende, segunda parte.
Las señas del archiduque.
Colegiales y soldados.
Tramoya.
Gloria y peluca.
Palo de ciego.
Tribulaciones!!
El Campamento.
Por seguir á una muger.
Buenas noches, señor don Simon.
Misterios de bastidores.
El marido de la mujer de D. Blas.
Salvador y Salvadora.

Diez mil duros!!
Los dos Venturas.
De este mundo al otro.
El sacristan de San Lorenzo.
El alma en pena.
La flor del valle.
La hechicera.
El novio pasado por agna.
La venganza de Alifonso.
El suicidio de Rosa.
La pradera del canal.
La noche-buena.
Una tarde de toros.
Partitura del duende, para piano y canto.

OBRAS.

Diccionario de la legislacion mercantil de España, por D. Pablo Avecilla.
Legislacion militar de España, por D. Pablo Avecilla.
Código penal reformado, ilustrado y anotado con citas y tablas de penas.
Curso de Derecho Mercantil de España, por el doctor D. Pablo Gonzalez Huebra.